

dillas demandando perdón con gesto de abatimiento tan sincero, que el enfurecido dómine concluía por enternecerse y echarlo al patio. Pero otras veces se cerraba la puerta y... pobre Perucho!

Las vecinas, que a pesar de su baja condición no dejaban de ser sensibles a los encantos de la belleza, solían interesarse por Perucho hasta el punto de remendarle los pantalones y cuidar de su aseo. La infeliz criatura con sus largos rizos y su rostro de ángel se granjaba las simpatías de todas y particularmente de la *capataza* ó encargada de cobrar los alquileres, mujer gruesa, de aspecto hombruno, á quien corpulencia y cargo daban cierta autoridad entre los inquilinos. La *signora* Clotilde, que era toda aspereza y espinas para los mayores y azúcar y blanduras para los niños, no podía ver con calma consumirse á Perucho sobre la mugrienta cartilla.

— ¡Ma per Dio! ¿Volete matarlo?—decía plantándose en jarras frente al zapatero, y luego alzando á Perucho salía como un huracán arrollando cuanto encontraba por delante.

El remendón con ira se pasaba repetidas veces y muy de prisa la lezna por el pelo; pensaba en los alquileres vencidos y suspirando volvía á su tarea.

En la modesta, pero limpia alcoba de la *signora* Clotilde, pasaba Perucho muy buenos ratos oyendo tocar el arpa á su amigueta Anetta, otra protegida de la solterona. Enseñábalas á ratos perdidos su propio padre el tachero, que pertenecía á una sociedad musical y era un verdadero dilettante.

Cuando el remendón, renunciando á los ambiciosos sueños de hacer de su hijo un *signori*, decidió enseñarle el oficio, le costó graves disgustos á Perucho la afición á la música. Apenas los ágiles dedos de Anetta recorrían las cuerdas del arpa, volvíase el muchacho todo oídos. Su rostro indiferente y frío de ordinario no parecía sino que se iluminaba; movía lentamente la cabeza marcando el compás de la cadenciosa música, sonreía, hasta que de pronto una bota que le arrojaba el padre arrancáballo del éxtasis y lo hacía volver á inclinar la cabeza de poeta sobre la torpe obra de zapatero de viejo.

Una vez el remendón, mientras observaba el arrobamiento de su hijo, tuvo, como él decía después, orgulloso de su perspicacia, un verdadero *lampo di luce*. Le preguntó si le agradaría aprender algún instrumento, y el pobre niño que en otras ocasiones apenas contestaba, colgóse al cuello del remendón, y riendo y llorando á un tiempo, sin saber cómo expresar su alegría, repitió varias veces: — «Perucho querer tocar, Perucho alegre.»

La imaginación de artista del antiguo saltimbanquis empezó á funcionar. «Si me habrá tocado á mí en suerte ser el padre de algún genio como Mozart!» se dijo, y dejando el cuero y la cuchilla arremangóse enérgicamente el delantal y se encaminó al cuarto del *signore* Genaro.

Hablaron y se entendieron. A cambio de que el remendón le compusiese el calzado, el tachero le enseñaría el violín á Perucho; cuando supiera lo suficiente para ejecutar

algunas piezas acompañado de la pequeña arpista, ambos empezarían su carrera tocando en los cafés. Diéronse un apretón de manos y muy alegres fueron al bodegón, de la esquina á sellar con una botella de vino tinto el amistoso trato.

¡Cosa extraña! Perucho, que era de suyo torpe y desmañado, mostró desde el principio rarísima habilidad para coger el violín y ejecutar las difíciles posiciones de la mano izquierda. El solfeo, dada su poca inteligencia, lo aprendió con facilidad pasmosa; pero lo que realmente causaba asombro era el fino oído con que lo había dotado la Naturaleza, avara con él en otros dones que suele repartir prodigamente. Retenía todo lo que le tarareaban, y á pocos esfuerzos que hiciese, después que venció las primeras dificultades, lograba tocarlo en el violín.

Los vecinos parábanse frente á la puerta de la *signora* Clotilde, haciéndose toda suerte de comentarios al ver á Perucho, tan sercicito, frente al atril, con los ojos puestos en la partitura y los pies desnudos en el travesaño de la silla en que se sentaba. Moviendo el arco con gravedad tal que daba ganas de reír, pasábase las horas muertas sin variar de posición ni interrumpirse, como no fuera para asegurarse de que Anetta estaba en la alcoba, ó hacerles el *conejo*, la única gracia que sabía, á las personas que en el corredor ó en la calle se detenían á escucharlo.

Seis años más tarde, después de haber recorrido los cafés y restaurants de segundo orden, Perucho y su compañera tocaban en los principales establecimientos. Él, á pesar de no ser muy fuerte, llevaba á cuestas el arpa, y ella con la caja del violín en la mano lo seguía moviendo el gracioso cuerpo, que ya había adquirido las redondeces de la mujer. En el «Café del Siglo»; comienzo de sus largas giras, Perucho ponía el arpa en el suelo, secábase el sudor y empuñaba el violín sin mirar antes si había poca ó mucha concurrencia. Lo contrario hacía la arpista.

El hijo del zapatero tocaba con pasión. Después de los primeros acordes sucedía generalmente que empezaba á transfigurarse. Iba entornando los ojos hasta cerrarlos, dilatábase las ventanillas de la nariz y nerviosamente oprimía el precioso instrumento. ¡Cuántas cosas decía tocando el infeliz idiota! Los vagos sentimientos que nos señorean á veces, las alegrías sin nombre, las penas indefinidas, todo aquello que á la mezuza inteligencia de Perucho no le era dado exteriorizar, encontrando en el violín su lengua, su verdadero modo de expresión, brotaba con las melodías, sin esfuerzo, como encontrada la *vena* brota el agua del oculto manantial. ¡Ah! Perucho tenía alma grande. No se podía decir que tocara admirablemente; su ejecución no era notable ni mucho menos, pero lo hacía con tanto sentimiento, *calentaba* de tal modo la más insignificante frase, que los oyentes sentíanse conmovidos, y primero unos y después otros volvían la cabeza para escuchar con asombro al humilde artista callejero, que como los grandes, tenía también sus arrobamientos y transportes.

La arpista ponía grande cuidado en el acompañamiento porque él, siguiendo los misteriosos impulsos de su genio creador, interpretaba libremente los trozos musicales, hería las cuerdas de un modo raro, prolongaba los *tremolos* y arrancaba efectos que nadie le había enseñado. Por eso ella, en esos casos, temiendo no poder seguirlo ó cortar el vuelo de su inspiración, se detenía, limitándose sólo á volverle las hojas y á repararle los mechones de pelo que le caían sobre los ojos. Y él, en semejantes momentos, parecía no darse cuenta de nada.

Iba irguiéndose por grados en la silla, hacía dificultosa su respiración, gemía y tocaba, tocaba meciedo la cabeza Dios sabe en qué mundo. Al concluir clavaba la vista en el suelo y volvía á ser el insignificante Perucho de siempre, sólo que ahora una imperceptible sonrisa de orgullo le entreabría los labios.

Antes de retirarse, Anetta cogía un plato y con los más graciosos ademanes y seductoras sonrisas iba pidiendo de mesa en mesa, sin que al parecer la disgustasen las flores y requiebros que solían dirigirle los parroquianos. Perucho, por seguirla con la vista, desafiaba frecuentemente.

Una vez alguien quiso acariciar la mano de la linda muchacha y en el mismo instante el violín produjo un sonido tan desagradable y fuerte que todos se volvieron para ver lo que le pasaba al violinista. Esa noche, al irse Perucho les hizo el *conejo*, pero un conejo furioso. En las sucesivas concurrencias esperó á los músicos inútilmente: no los volvieron á ver.

Corriendo de restaurant en restaurant y de café en café, vivían muy alegremente los músicos callejeros. Perucho se hacía cada vez más dueño de su arte, y los admiradores aumentaban. Muchos parroquianos, por el gusto de oírlo, permanecían de sobremesa una y dos horas, no siendo menor el número de jóvenes que hacían lo mismo para rozar la mano de Anetta disimuladamente al poner una moneda en el platillo. Con todo esto las colectas ingresaban de un modo halagador. Había noches que recogían hasta cuatro ó cinco pesos, de los cuales, al hacer la repartición en el obscuro zaguán del conventillo, las cuatro quintas partes por lo menos, no salían de la faltriquera de la joven. Una vez él le había dicho: «Perucho querer todo para ti»—y ella parecía tomarlo al pie de la letra. Por lo demás, él se juzgaba bien recompensado de tal gentileza, con el beso que ella, al darse las buenas noches, le permitía estampar en la fresca mejilla.

De esta manera el pobre Perucho labraba la propia desdicha. Gracias á su largueza Anetta iba siendo un buen partido para los amigos jóvenes del tachero. Se corrían voces de que era poseedor de una libreta de banco, en la cual había apuntadas unas cifras muy bonitas. La *signora* Clotilde la había visto con *sus propios ojos* y daba detalles preciosos. El hijo del panadero, el mercachifle de la esquina, el vendedor de frutas, todos los mozos del barrio, empezaron á hacerle la corte á la arpista que sobre ser un bien partido poseía un lindo palmito,

fresca boca de rojas encías y apretados dientes, ojos pequeños pero muy vivos, y otros encantos nada despreciables. Por fin el bello Arturo, que era dueño de una hojilería muy cuca, con su escaparate de un cristal solo y muestra de letras doradas, se decidió á pedir la mano de Anetta, y el padre, seducido por la tentadora perspectiva de ingresar como socio en el lindo establecimiento, aceptó después de pensarlo un poco. Como antes con el remendón, tomaron un vaso de vino y todo quedó arreglado.

La frívola y coquetuela muchacha no notó que al darle alegremente la noticia á Perucho éste se puso muy pálido y tuvo que apoyarse en la pared para no dar con el cuerpo en tierra.

Algunos días después padre y novio decidieron que Anetta no tocara más, y el pobre Perucho sin la amable compañera de los felices días, solo y abatido, emprendió las acostumbradas excursiones nocturnas.

Hacía una noche muy fea; la neblina apenas dejaba ver la amarillenta luz de los faroles que aparecían á los ojos de Perucho á doble distancia de lo que en realidad estaban. Él, llevándose tras de sí girones de niebla, avanzaba lentamente, más agobiado que cuando el arpa le oprimía los hombros. Al llegar al «Café Nuevo» giró sobre los talones, como si repentinamente cambiara de propósito y siguió caminando á la ventura, sin detenerse en ninguno de los establecimientos que noche á noche frecuentaba con Anetta. A la pasada de los trenvas miraba las ruedas deslizarse sobre los rieles y sonreía siniestramente. De regreso detúvose un rato en la puerta de la ingrata, y luego se acostó, pero no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Y desde ese día fué un músico triste, cuyo estilo lúgubre y aspecto dolorido amnazaban la buena digestión de los parroquianos. Los patrones lo comprendían así y no cesaban de pedirle cosas alegres, pero el infeliz tocando cosas alegres volvíase un vulgar rasca-tripas y era peor. Empezó á parecer fastidioso. Por otra parte su conducta irregular ayudaba á enajenarle la estimación que antes le tenían todos. A veces en el trozo más selecto de una pieza se interrumpía, y dejando al auditorio á media miel marchábase precipitadamente sin cobrar siquiera. Muchos dieron en sospechar que se embriagaba, otros atribuían las extravagancias del violinista á su idiotismo; y el resultado de estas suposiciones, era la diaria y paulatina disminución de la colecta. La mayor parte de los parroquianos sentíanse gozosos de tener un pretexto para negar el óbolo que Perucho solicitaba tímidamente.

Á la salida de los cafés, considerando las mezquinas ganancias, le entraban deseos de hacer añicos el violín contra las piedras, pero la imagen amenazadora del remendón lo detenía y continuaba su gira, renegando de aquellos señores bien comidos, de rostro satisfecho, que á todo trance querían música alegre, mientras placenteramente apuraban una copita de ron ó de chartreuse. Música alegre... si ellos supieran!...

Cuando se efectuó la boda, hacía quince días que Perucho estaba en cama. En medio del contento general nadie se acordó de él, ni siquiera la novia, que acaso le debía la felicidad.

Después de una soberbia cena que duró dos horas y en la cual abundaron los brindis y las consiguientes libaciones, los mismos invitados convirtieron el comedor en salón de baile, nada más que con la simplísima medida de sacar la mesa al patio. Y creció el placer. Todos estaban contentísimos. «*Eh diamine*, decían los hombres, un día es día» y empinaban sin cesar el codo. El *signore* Genaro tocó la flauta y el remendón hizo, con grande aplauso, bailar á Perico al són de una vieja pandereta. Cuando le pidieron á la novia que tocara algo, recién echaron de menos al violinista. Pero no bien se oyeron los primeros acordes del arpa, olvidada hacía dos meses, cuando abriéndose la puerta entró Perucho con el violín bajo el brazo, y arrastrando los pies fué á sentarse junto á Anetta.

Recibieronlo con grandes muestras de alegría. «¡Bravo Perucho! ¡Viva!»—y el padre de Anetta que era á una anfitrión y copero; viéndolo así como extenuado y próximo á desfallecer, alargóle un vaso de vino, que el violinista bebió ávidamente. Una oleada de sangre le coloreó el rostro, y entonces, sintiéndose reanimado, hizo por sonreírles á todos y parecer tranquilo. Luego empuñó resueltamente el arco y poniéndose muy grave dijo con energía: «Vamos». Anetta obedeció maquinalmente, y entre la cascada de notas que arrancó al arpa en un brillante prelude oyóse el violín de su compañero como un quejido lejano entre el estruendo de la orgía.

Tocaba su pieza predilecta, una balada del norte, llena de ternura y melancolía. Respetuoso silencio detuvo las palabras prontas á salir de la boca de algunos. Los que en el pasillo tenían el sombrero puesto, sin saber por qué se lo quitaron, y sintiendo todos singular emoción, fueron olvidándose de las cosas que los rodeaban y reconcentrándose en sí.

Entre tanto Perucho cerraba lentamente los ojos é iba comunicándole al violín calor y vida. A obscuras el infeliz músico, parecía *ver más claro* el sitio luminoso y escondido de donde sacaba tanto sentimiento y poesía. ¡Y qué elocuente volvíase el torpe Perucho tocando, hablando el lenguaje suyo! Quizá en aquellos instantes le refería á los absortos vecinos su triste y humilde historia de ser obscuro é insignificante: la niñez sin caricias, sin besos, aridísima por la prematura muerte de la melancólica Gilda; luego los primeros estremecimientos del sensible corazón, las risueñas esperanzas de ser amado, los ratos felices transcurridos juntos á ella, sintiéndola respirar, el beso por las noches y la miel de los triunfos de artista; un claro de luna, en fin, en la noche de su vida, y ¡ay! después la pérdida de la ingrata, los celos, el inmenso dolor de encontrarse solo en el mundo y sin objeto para que vivir...

Sin duda eso era lo que Perucho les refería, por que al llegar al pasaje donde el amante de la balada dice: «La tierra, el cie-

lo, el universo todo, para mí eres tú; lo sabes y sin embargo, partes y me dejas—dilatóse el pecho, oprimió contra la barba el violín y como electrizado fué parándose hasta quedar de pie.

Anetta, vivamente impresionada, se detuvo, y él fuera de sí, poseído por el estro, repitió la frase, rompiendo luego á improvisar mientras las lágrimas corrían silenciosamente por las pálidas mejillas. Los concurrentes, si no con la certeza, con el sentimiento al menos, de que presenciaban un hecho extraordinario, seguían sin respirar casi los menores movimientos de Perucho, cuya magnífica cabeza aparecía como iluminada por extraña luz. Algunos empezaron á sentir escalofríos y ese parpadeo que precede á la explosión del sentimiento. Las mujeres escuchaban con la boca abierta y los ojos húmedos, y el *signore* Genaro, muy pálido y con la cabeza echada hacia atrás, parecía sufrir. Sólo el novio permanecía indiferente.

Y Perucho muy lejos de todo y de todos seguía vertiendo lágrimas y armonías, descargando de penas, con unas y otras, el oprimido pecho.

En el último adiós de la partida, al terminar en un *tremolo* prolongadísimo y apenas perceptible, desplomóse sobre la silla y apoyó la frente en el atril. Algunas mujeres corrieron hacia él y lo besaron. Cuando levantó la cabeza, aun conservaba los labios entreabiertos y las ventanillas de la nariz dilatadas, como en el calor de la improvisación. Secóse los ojos pausadamente, é incorporándose le presentó el violín á su antigua compañera, diciendo en medio de la estupefacción general:

—Para tí, Perucho no tocar más.

Y dejando su querido instrumento en las manos de la ingrata, salió de la alcoba con paso vacilante como si estuviese ebrio.

Desde entonces lo vieron siempre los vecinos junto al sucio banco del remendón dando cerote al hilo ó echando tacos y media suelas.

Esa fué la odisea de Perucho.

Montevideo, Setiembre 7 de 1895.

CARLOS REYLES.

MI MEJOR DISCURSO

He resuelto callar: en mi mirada hallarás la pasión que te profeso; en amor, ó se dice todo ó nada; y en la mirada hay luz, palabra y beso.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

PRETÉRITAS

(EN UN RETRATO)

Eres tú... Lo declara el parecido,
Que en favor de tus gracias mucho abona,
¿Pero, quién, que tu canto hayasentido,
No reprocha al fotógrafo el olvido
De ceñir á tu frente una corona?...

Antes, cuando el dolor me hercaba,
Yo, que en nada ceña,
Si algun consuelo á mi dolor no hallaba
Al cielo le culpaba, y maldecía.

Hoy, que tampoco creo—
Si no es creencia el adorarte así—
Al cielo culpo cuando no te veo
Y si te veo... te bendigo así!

Si es verdad que los sueños no contados
Con el andar del tiempo se realian,
Me habrás de conceder, centuplicados,
Los favores de amor—siempre negados,
Que hoy tanto tu virtud escandalizan.

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ

PARA UN ALBUM

Cuentan que desprendida del pomo del alfanje del Profeta, hay en el fondo perfumado de la caja de cristal que guarda las pastillas del serrallo, una piedra tosca y oscura, sin facetas, luces ni fulgores. Y agregan, que en las grandes solemnidades del Imperio, cuando la brillante muchedumbre con damascos y sedas ataviada, sobre Kaiques empabesados, como ramos de flores flota sobre las ondas, en tanto, que desde las lomas coronadas de soldados y banderas, entre músicas marciales ardiendo el cañón en colosal incendio vomita sobre el Bósforo torrentes de relámpagos... la piedra aquella, por la sagrada diestra del Muezzín, desde el elevado minarete de la Mezquita de Omar por un instante expuesta al sol, atrae y absorbe sus rayos de tan intensa manera, que por la noche, brilla y resplandece iluminando la obscuridad con vivísimos fulgores...

De igual manera, interesantísima Sultana, á la luz divina de tus ojos, los opacos contornos de las líneas de mi cuento, absorbiendo la dulce claridad de tus pupilas, brillarán un instante sobre las páginas de tu album, así como impregnada en rayos de sol, en el embriagador y voluptuoso ambiente de los jardines de Stambul, entre el humo azulado de los pebeteros y las notas de la guzla, la preciosa reliquia del Guerrero del Oriente brilla y resplandece en las sombras de la noche sobre el turgente seno de la Esclava Favorita...

Montevideo, 25 de Agosto de 1895.

RAFAEL SIENRA.

ESTUDIOS LITERARIOS

Edmundo y Julio de Goncourt

(Continuación)

LA OBRA

§ I

Y ahora que hemos analizado, con todo el detenimiento necesario, la base fundamental y los caracteres constitutivos de la obra de los Goncourt, analicemos en sí esa misma obra.

Inútil me parece repetir aquí acerca de la evolución literaria verificada en Francia allá por los años de 1848 á 1871, lo que ya he dicho en otro estudio (1). Así, pues, me concretaré á demostrar la plena decadencia en que se encontraba la escuela romántica á la aparición de los dos eximios artistas que vengo estudiando: Victor Hugo, como novelista, era casi olvidado, y únicamente el poeta de *L'Année terrible* y *La légende des siècles* sobrevivía al naufragio; Jorge Sand desde su obscuro retiro, lanzaba los últimos libros, que nadie se ocupaba en leer, y Teófilo Gautier pugnaba en vano por conservar sus lectores serios, pues era relegado á las bibliotecas de palo de rosa de las damas. Una profunda y terrible crisis se enseñoreaba del mundo literario, como si los ecos de la revolución socialista que sacudieron el trono de Luis Felipe y que se sucedieron hasta ser apagados por la voz tonante de la artillería extranjera en los campos de Sedán, fuera el reflejo de esa otra revolución en el Arte que debía, al terminarse las últimas batallas polémicas de los valientes adalides del realismo, hacer brotar en agrestes resplandecientes de gloria el Sol hermoso de la nueva escuela. Hasta la poesía, el lenguaje querido de los dioses, se veía arrastrada por el torbellino y los *parnasianos*, irreverentes con el glorioso maestro ensayaban en las cuerdas de su lira extrañas melodías de coloraciones inusitadas, acentos extranjeros y exóticos como *crystanthesmas* japonesas, notas jugueteras y apocalípticas desconocidas de los viejos clásicos (2).

Pero el romanticismo no se rendía á los enemigos. Luchaba con viril denuedo, quemando sus últimos cartuchos y diciéndole á la nueva doctrina, en medio de una granizada de argumentos, que era inmoral y corruptora. ¡Idéntico ataque había recibido de boca de los clásicos, cuando él pisó por vez primera la arena del combate! Y protestaba á nombre de las supremas reglas del Arte, que él había sido el primero en falsear. Mucho más grave todavía era que el romanticismo, la escuela dominante, no acababa de entender que principios, que ideas, que fines traía la tendencia naturalista, y obce-

(1) El dedicado á Emilio Zola, y que conservo inédito.

(2) El estudio sobre la poesía lírica francesa, se publicará en breve en esta Revista.

cada, impertérrita, sin escuchar razones, sin mirar de frente al contrario, le hería en cien ataques traicioneros, mellaba sus armas sobre su férreo casco y pretendía entonar himnos de victoria cuando en su garganta solo hervían sollozos fúnebres, precursores de la derrota.

En cambio el naturalismo se apercebía lealmente para el combate. Balzac, con su *Comedia Humana*, presentaba todo un valiente ejército de veteranos, cubiertos de gloria y de méritos; Stendhal, traía *El rojo y el negro* para activar el fuego; Flaubert frío, calmoso, pensador, esculpía irreprochablemente *Madama Bovary* y *Salammbô* cual ciudadelas ante las cuales se romperían todos los furiosos del enemigo, y, por último, en aguerriada fila, descubierto el pecho, alta la vícera, entraban valerosamente al combate los Goncourt, Zola y Daudet.

Alfonso Daudet era el joven amable por intermedio del cual Zola trataba de abrirse camino al través de las gentes burguesas y timoratas. Éste, por su parte, engendraba el rayo, nuevo Júpiter, en su gabinete de estudio para descalabrar, muy luego, con él á los porfiados y rabiosos enemigos. En cuanto á los Goncourt, su obra era enteramente distinta: mientras aquellos demolian, convirtiéndolo en un hacinamiento monstruoso de escombros la vieja obra de los románticos, ellos levantaban la obra del porvenir, una obra original, típica, deslumbrante y caprichosa. Empezaron por el vaudeville á que ya he hecho referencia, (rotulado, *Sin título*), al que siguieron muy pronto otros, *Le bourreau des crânes*, *Etienne Marcel* y *Abou-Hassan*. Todos ellos remataron en fracasos. Después vino el libro *En 18...* perseguido por la adversa suerte desde su aparición: «El 1.º de diciembre de 1851, cuenta Edmundo, nos acostamos, mi hermano y yo, en el dichoso estado de espíritu de los jóvenes autores que esperan ver, al día siguiente, la aparición del primer volumen en los estantes de las librerías y también, aún en el amanecer del día siguiente, soñábamos ediciones, ediciones sin cuento, cuando golpeando las puertas, entró ruidosamente en mi habitación el primo Blamont, un antiguo guarda de corps, convertido en conservador pura pimienta y sal, asmático y rabioso.

—¡Rediós! Está hecho!—gritó.

—¿Que es lo que está hecho?

—¿Qué? Pues... el golpe de Estado!

—Ah, diablo! Y nuestra obra que debía ponerse á la venta hoy mismo! (3)

Era una desgracia. El ruido de aquel suceso político hizo que la obra pasara inadvertida. Tan sólo Julio Janin en los *Debates* le consagró un artículo; pero les destruyó sin compasión el libro. No desmayaron por esto, y los dos hermanos volvieron á la lucha, fundando con el conde de Villedeuil un periódico hebdomedario, *L'Eclair*, y un poco después otro, periódico, *Paris*, en el que colaboraron Banville, Karr, Montepin, Gaiffe etc. Los principales artículos publicados por los Goncourt en éstas hojas, fueron luego recopilados en un volumen que

(3) Edmond et Jules de Goncourt, *Préfaces et Manifestes littéraires*, 1. vol.

titularon *Pages retrouvées*; y en otro que, llamado al principio *Une voiture de Masques*, hoy Charpentier ha editado bajo el nombre de *Quelques créations de ce temps*.

Desde entonces, los hermanos Goncourt entraron firmemente á la lucha. Lanzaban sus libros en són de guerra, como granadas y á los cuales no sabían contestar los románticos sino con insultos y alaridos. Cada una de sus páginas de novela era una verdadera revolución; y, por fin, al dar á luz á *Germinie Lacerteux*, hirieron en el alma á sus enemigos. Al mismo tiempo, llamaban al buen sentido del público sin adularle, sin tratar de llenarles el gusto y halagarles con lisonjas, antes por lo contrario, declarando que «el público gusta de las novelas falsas mientras que la que ellos le presentaban (*Germinie*) «era una obra verdadera». Y proseguían imperturbablemente: «Gusta aún el público de las lecturas anodinas y consoladoras, de las aventuras que concluyen bien, de las imaginaciones que no molestan ni su digestión ni su serenidad: este libro con su triste y violenta distracción, está hecho para contrariar sus costumbres y perjudicar su higiene».

Hé aquí lo que es hablar con franqueza. Sométesen al juicio del público y, en vez de adularle, le dicen cuatro verdades que, como tales, son amargas. Y es que ellos tienen segura la victoria. Tardé ó temprano han de ser comprendidos. Por lo pronto hacen el trabajo de zapa. ¿Y qué? ¿Acaso en nuestro siglo no tienen derecho «las clases bajas» á informar asuntos de novela? Esto es lo que se han dicho los Goncourt; y comprendiendo tal verdad, no trepidaron en dedicarles un libro. ¡Cuántos dolores, cuantas miserias y cuantas alegrías también, palpitan en el corazón de esa masa obscura que se llama pueblo! Y comprendiéndolo así los dos hermanos artistas, se consagraron á su estudio. Iban á levantar tremendas algaradas, serían silvados, escarnecidos, calumniados, más ¿qué importa? La verdad debía al fin y al cabo lucir esplendorosa y ellos se harían sus paladines. La naciente escuela tremolaba su bandera; ellos entraban en sus filas.

Y entonces empezó la lucha terrible, esa lucha que hundió á Julio, al menor, en el sepulcro, pero de la cual triunfaban y legaban la gloria á la posteridad. Discutían con pasión y algunos de los prólogos de sus libros eran argumentos terribles que alzaban llagas. «Hoy día que la novela—dicen en uno de esos prólogos que son un brillante exposición de doctrina—se extiende y se acrece, que comienza á ser la gran forma seria, apasionada, viviente, del estudio literario y de la investigación social, que llega á ser, por el análisis y la indagación psicológica, la Historia moral contemporánea; hoy que la novela se ha impuesto los estudios y los deberes de la ciencia, puede reivindicar las libertades y las franquicias.»

He ahí un párrafo que vale todo un libro y el cual parece llevar en sí el germen de muchos de los trabajos de Emilio Zola. Pero no es sólo el pueblo el que tiene vergüenzas y llagas escrofulosas. Los Goncourt lo saben, lo sienten, pero no se animan á tanto; tan tremenda obra está destinada á

ser anunciada por el fulminante polemista, el terrible león de Medan. Y poco después, estalla la bomba. Con motivo del Prólogo que Edmundo coloca al frente de *Los hermanos Zenganno* y en el que confiesa que «era ambición de mi hermano y mía escribir la novela realista de la elegancia», es decir, que dejando el arroyo donde habían chapoteado su Germinia, sus hombres de letras etc., querían remontar el vuelo á los salones de la clase escogida por la fortuna, donde los modales son exquisitos, la educación esmerada, la distinción cualidad ingénita; con motivo de éste deseo confesado de sentir un vaho de elegancia y perfumes, exclama Emilio Zola: «Cuando M. de Goncourt quiera pintar un salón parisiense y decir la verdad, no le faltarán seguramente lindas descripciones que hacer, trajes, flores, frases de urbanidad, sutilezas, filigranas y matices hasta la saciedad; pero si desnuda á sus personajes, si se traslada del salón á la alcoba, si penetra en la intimidad, en la vida privada y oculta de cada día, se verá obligado á disecar monstruosidades, tanto mas abominables cuando que han crecido en un terreno más cultivado.» Esto es hablar claro y con franqueza, me parece; y creo sinceramente que tal parecer no chocha en nada con el deseo confesado por Edmundo. Sí, «el Realismo no tiene por exclusivo encargo describir lo bajo, repulso y mal oliente, no; que también ha venido al mundo para grabar en artísticos caracteres lo lindo y fragante, para fijar aspectos y rasgos de seres refractados y objetos ricos.» Pero ¡guay! del escritor si desciende á la alcoba, como previene Zola. Entonces pasará exactamente lo mismo que en el pueblo. Un mismo barro es la composición del sér humano, rico ó pobre; y al buscar su lado flaco, se encontrará la marca de fábrica. Es lo que le ha pasado á Bourget en todos sus libros; es lo que le pasó mas tarde al mismo Edmundo cuando escribió la historia aristocrática de *Querida*.

Pero no hay que irse tan lejos. Después de la historia del pueblo (*Germinie Lacerteux*), los Goncourt subieron á la clase media (*Renata Maupérin*), ¿y qué vemos en éste libro? El cumplimiento de la profecía de Zola. Enrique Maupérin es todo lo educado, todo lo fino, todo lo correcto que pueda desearse; y ello no obsta á que se acueste con Mme. Burjat para que esta le deje luego acostarse con su hija.

Es pues, una verdad indiscutible: se harán obras bonitas, elegantes, de la más elevada *high life*; podrán tambien los artistas cazar un carácter noble y elevado, puro y recto (que en el mundo todo no será malo y corrompido); pero cuidado con la generalidad; cuidado con descender hasta el *insulto*, hasta ese residuo de la bestia que por herencia zoológica guarda cada sér humano en su composición! Tal vez se erijan delicados y gentiles palacios, cestos de flores puras y de matices escotados, pero no se vaya á buscar el fondo de su esencia, que tal vez entonces se encuentren cimientos podridos y montones de cieno con raíces que viven de él. Por eso, con su lógica irrefutable, exclama Zola en un párrafo notable que, aunque un poco extenso

no puedo dejar de transcribir: «El día en que tenga M. de Goncourt el capricho de escribir una novela sobre el gran mundo, donde todo sea bonito y huela bien, aquel día tendrá que contentarse con ligeros cuadros parisienses, bosquejos superficiales y observaciones tomadas entre dos puertas. Si desciende á la psicología y á la fisiología de los personajes; si se empeña en rebusar más allá de los encajes y las joyas, escribirá un libro que intoxicará á los lectores delicados, y que será tratado por éstos como una colección de horribles mentiras, por que nada parece tan inverosímil como la verdad á medida que se la busca en clases más elevadas.»

No se tenga, pues, la esperanza de encajar el idealismo en la nueva escuela. Ya algo de esto he dicho al hablar de la *imaginación realista*, y es el caso de recordarlo. Habrá obras bonitas, si, más á condición de que surjan de lo verdadero, de la realidad; y, por eso mismo, esos casos serán únicamente excepciones, que, en términos generales, ni el hombre es bueno ni puro ni noble en el grado que nos le presentan los románticos. Ni encaja el hibridismo ése—el de la unión de las escuelas naturalista y romántica—que han tentado dos ó tres escritores españoles y unos veinte ó treinta novelistas franceses ni puede esperarse que el vicio se divinice, á lo Gautier,—ya se sabe, Musidora, por ejemplo,—pues la mujer y el hombre ricos son iguales á sus congéneres los pobres. Los Goncourt han bajado al examen de las clases pobres, lo que les ha valido fulminantes críticas; ¿y por qué? La razón—una verdadera razón... *raisonable*,—no se alcanza. No insistamos, pues, en combatir molinos de viento y limitémonos á copiar media docena de renglones tomados de Eugenio Veron—autor que no será acusado seguramente de parcial y realista ultra. Dice este distinguido autor: (4) «Se admite el vicio educado, la prostitución elegante, la perversión hipócrita, la estafa con guantes amarillos ¿Por qué? ¿Los malhechores del gran mundo son más interesantes que los otros? Lejos de eso; son mas horribles, como lo verá el que se dé el trabajo de reflexionar un poco, puesto que están mejor armados contra las tentaciones y porque así su ignominia es menos excusable.» Conque... aten cabos, y véase por donde Veron piensa lo mismo que Zola.

Julio y Edmundo de Goncourt y Guerin han trazado en sus novelas cuadros de costumbres y análisis de hábitos. A la inversa de Balzac y de Stendhal, de Jorge Elliot y de Tolstoi han dejado de lado el estudio de los caracteres. Es esta una profunda distinción que conviene tener presente y cuya exactitud he indicado en distintos pasajes de este estudio; y ella se explica naturalmente si recordamos lo que con respecto de la sensibilidad y su origen, escribí en el párrafo II. Á fuer de imparcial, debo decir que este descuido tiene su lado de censurable. Y en efecto, el personaje, un si es no es raquítico, queda completamente abrumado ante aquel brillo deslumbrador del medio que le rodea. Así, como

(4)—Eugenio Veron, *L'Esthétique*.

en Victor Hugo el hombre es casi un Dios ante la naturaleza, ó por lo menos un héroe digno de Homero—Cimourdin, Gilliat, Valjean, Gimplaine, Cuasimodo, etc.— así, por lo contrario, en los Goncourt el hombre es casi una monera ante esa misma naturaleza—Couturat, Mollandeux, Denoïsel, Villacourt, Crescent, Barnier, etc.—A mi parecer, los autores de *Madame Gervaisais* consagran demasiado estudio al mundo exterior (en esta misma novela citada, por ejemplo), y eso estriba en su sensibilidad que se traduce en facultades de colorista: el pensador casi desaparece.

El lector poco avisado en estas cuestiones, no se explica las huidas que de su memoria hace el personaje de la obra y es que sus creadores dan frecuentes tizeretas en el hilo de su narración para pintar un cuadro que les seduce: abusan de la descripción. Juzgo que el medio es cosa indispensable en una obra realista, pero creo también que esa descripción no debe ser más que la absolutamente necesaria: aquello que el individuo percibe á su alrededor, y nada más. Y en este justo medio, en esta exacta proporción del estudio de un carácter y del medio en que vive, debemos de reconocer que quien se lleva la palma son los escritores rusos. Verdaderos modelos, y sino, ahí están Tolstoi (Levina) (1) y Turgueneff (Litvinof) (2) por no citar á Gogol y Dostoyevski. Entre los franceses, Zola, Daudet y Bourget son los que mejor siguen la regla; Balzac y Flaubert peccan: el primero por dar demasiado extensión á sus descripciones y el segundo á los caracteres.

Este es, tal vez, el único defecto á señalarse en las novelas de los Goncourt; y no tanto en lo que respecta á ellos, que á la postre siempre los personajes principales resaltan y viven, sino en los que pueden incurrir los imitadores. Estos—que generalmente no se cuidan más que de la forma y del conjunto,—podrían conducir la novela por enmedio de un dedalo de inútiles descripciones, sin el mérito de las de Goncourt, y dejando su protagonista sin visos de existencia.

Y si malo es que la descripción prime sobre el estudio psicológico del personaje, tan malo es que éste ahogue á aquél. La escuela realista acepta los dos principios, pero á condición de que entren en partes proporcionales en la obra. Tal es el justo medio que han pasado los Goncourt y por el cual hágoles este ligero cargo.

Esto es que en los Goncourt hay la misma fibra *verista* que existía en el autor de *Lé Pere Goriot*. Naturalmente el estilo es un millón de veces mejor y la composición orgánica de los libros, también. Pero existe de común ese afán de describir, de pintar, de distender los cuadros hasta donde sea posible; y sobre todo, ese predominio de la subjetividad sobre la objetividad. Claro que siendo éste el arte por excelencia, los Goncourt y Balzac, siendo de la misma escuela, han tenido que coincidir desde muchos puntos de mira. Balzac estudia caracteres; los

(1)—Tolstoi, *Ana Karénine*.

(2)—Turgueneff, *Humo*.

Goncourt los hábitos, y con ser tan distintos esos medios, llegan á las mismas conclusiones y se parecen hasta en los detalles. Barbey D'Aureville (que no pudo tragar jamás al autor de la *Comedia Humana* y que no supo comprender tampoco, el raro talento de los Goncourt), les hace á estos últimos, veladamente, un reproche con su miga de ironía. Encuentra gran parecido entre *Les hommes de Lettres* (hoy, *Charles Demailly*) y el *Grand homme de province á Paris*. Conozco el libro de Balzac; le he comparado con el de los Goncourt según nos manda D'Aureville (1), y confieso ingenuamente que no veo ni imitación ni reminiscencias de Balzac. Si adoptamos el criterio del autor del *Cabecilla*, fácil nos será encontrar reminiscencias de Balzac no tan sólo en Goncourt, Zola y todos los de la escuela, sino también en los de escuelas más contrarias, en Feuillet y en Ohnet, por ejemplo—lo que ya sería un colmo!

Hay tanta reminiscencia en Demailly, de Goncourt, del Luciano de Rubempré, de Balzac, como puede haber reminiscencias de Bourget en André Theuriet (lo digo por *Charme dangereuse*). ¡No digamos tonterías, por Dios! ¿Que el mismo sujeto no puede ser el argumento ó la tesis ó los detalles, si se quiere, de dos obras? Pero esto es un absurdo estúpido! ¿A caso se escribe nada nuevo? Goncourt renueva á Balzac como Huysmann á los primeros y como los novelistas de mañana renovarán á Huysmann si quieren. ¿El amor es, acaso, un asunto nuevo? Bueno; no lo es; más aún: es tan viejo como el hombre sobre la tierra. Pues bien; Pablo Bourget y Alejandro Dumas, hijo, cada uno á su manera, han hecho del amor un tema novísimo é interesante. Más todavía: dos ó tres libros de Bourget tienen el mismo asunto, y sin embargo son distintos. ¿Porqué, los Goncourt, no pueden rehacer una novela de Balzac,—con la circunstancia de que *Le Grand homme de province á Paris* es un trabajo malísimo—? Sí, compárense Rubempré, Bianchon, Darthes y Bixiou con Demailly, Bourniche, Mollandeux y Couturat y se verá la espléndida factura que representan estos últimos sobre los primeros. Aquellos, son hombres reales, pero retratados de memoria; éstos, los tenemos detrás del caballete, sentados en la tarima de los modelos. Unos, son sombras admirablemente perfiladas; los otros, son seres de carne y hueso. ¿Que Rubempré es un ambicioso y Demailly un neurótico? ¡Ah! Hé aquí, en fin, lo que horroriza á D'Aureville. Son *documentos humanos*, tipos entresacados de la multitud; no se trata ni de duques ni de Brummells ni de marquesas de alto peinado con perfumes de almizcle. Eso es lo que da tírria y morriña y rabia y distimia al dandy crítico. Reminiscencias! ¡No está mala reminiscencia la del mismo Barbey D'Aureville al creerse vivir en pleno siglo de la Pompadour! Esa sí que parece reminiscencia... y chiflañura.

(1) Barbey D'Aureville, *Les œuvres et les hommes* tomo IV.

§ 2

Dejando aparte estas consideraciones de segundo orden, me concretaré ahora á recordar la obra de Julio y Edmundo de Goncourt.

Me basta hacer un leve esfuerzo de memoria para representarme todos los hombres y mujeres de los Goncourt, tal cual los veía cuando, emocionado, viviendo su propia vida, dominado por la gigante impresión de aquellos dolores terribles, los seguía paso á paso en su historia respectiva. Aquí ante mi mesa de trabajo hágoles desfilir uno á uno y sin necesidad de buscar en la biblioteca el libro que encierra sus respectivas historias.

Primero es *Renata Maurepin*, la apasionada niña, nacida entre esa clase media y acomodada que se llama «burguesía»; de nobles afectos y puro corazón; subyugada por la despótica ley de herencia; herida en el alma por los vicios de aquel hermano querido que Mr. de Villacourt mata en un duelo; soñadora gentil que se hace más y más débil debido al cariño entrañable que le profesa su madre, y que, vencida al cabo, se vá agostando poco á poco, semejante á uno de esos soles de invierno que mueren en el lejano horizonte entre pálidos reflejos y tintas cenicientas. Es éste, un libro delicado y en el que, tal vez, los personajes han sido estudiados con más esmero y cuidado por sus autores. Mr. Mauperin, el matrimonio Davarande, los Bourgot, todos, todos ellos son tipos acabados que vemos sentir y pensar. Y, como si los Goncourt hubieran querido salir fuera de su cuadro común, de ese que informa todos los demás libros suyos, no nos dan casi descripciones, olvidanse de la naturaleza y sólo estudian caracteres. Leed todos los capítulos desde el XL en el cual el padre de Renata le lleva á ésta *El Monitor* para explicar la muerte de Enrique, hasta el final en el que vemos, tendida en su lecho, á la pobre joven transfigurarse por una de esas enfermedades del corazón (que envuelven á las moribundas con la belleza de las muertas), y decidme en qué otro libro de los Goncourt se encuentra estudiada con más lógica, detenimiento y profundidad las sensaciones que sacuden á una moribunda. —Luego aparece *Manette Salomon*, la escultural modelo, hebrea de raza y de corazón, prostituta de cualquier hora, ofreciendo su carne al estudio y á la lascivia, mujer retraída, falaz, que sólo mira su interés; y es ella, la más perdida, la más miserable, la más ínfima la que anula á Naz de Coriolis—el joven, rico, simpático é inspirado pintor, el hombre más desinteresado y bueno, el sér pensante é inteligente que vive sólo por el arte y á su estudio consagrado—apesar de que él conoce la mujer, no cree en el amor, duda de la sinceridad y parece imbuido en aquella máxima que Armand Hayem nos dá en su obra *Vérités et Apparences*: «El que no ha dejado que una mujer ocupe su vida, puede conseguir mucho de gloria.» Aquí ya no hay estudio de caracteres, sino la historia de una lucha moral al principio, física y bruta al fin: el pintor eminentemente preparado para la lucha

por la existencia, por una parte, y por la otra, una mujer del arroyo, ignorante y sin méritos. Y la carne, el tremendo é insalvable yugo de la carne, es el que domina al pobre artista, al inspirado autor que recorrería los boulevares buscando colores para su paleta y soñando con perfiles imposibles; la mujer, la *bestia agradable*, es la que le domina poco á poco, unas veces con marrulerías, otras con caprichos, por último como dueña y señora, al extremo de despedir á los amigos de su amante—todos aquellos pintores admirablemente retratados por los Goncourt: Garnotelle, Anatole, Crescent, Cassagnol—y concluyendo por mandar á su amante imperiosamente, como déspota, y vendiendo, sin atenderle ni consultarle, ella misma los cuadros de Naz al precio que creía conveniente asignarles.—Preséntase de seguida *Sor Filomena*, la niña angelical educada con exquisito cuidado y severidad extremada, cuyo temperamento adaptado al medio en que se desarrolla sin violencia alguna ni contrastes siempre funestos, condúcenla fatalmente al misticismo, á la comunión de su alma con los ensueños de su infancia, á la celda callada de la religiosa. Pero hasta allí vá á perseguirla la ola mundanal, esa marca terrible de que creyó encontrarse fuera de alcance al ingresar en el sagrado santuario, y un día aquella niña adorable y virgen, aquel corazón cerrado para todo lo que no fueran los lazos espirituales, se siente renacer: una oleada de vida la conmueve; la eterna vibración del sér humano que no puede destrozarse mientras el sér exista y tenga cerebro y sensorio; y cuando su querido sueño la mece en sus brazos misteriosos para darle toda la infinita dulzura de la vida del ideal y del amor, la muerte implacable, la irrespetuosa conclusión de la jornada, viene á sorprender violentamente á su desdichado amante en un lecho de hospital, en medio á la pálida claridad de la fría estancia y entre el blanco derrumbe de la lencería y las sábanas. Es que un practicante de nombre Barnier la ha hecho sentir y ha despertado con un solo beso su alma de mujer; es que su amante, al ver en ella tanto altivo desdén, se suicida; y entonces es que Filomena comprende lo que quería á aquel desdichado joven y entonces es que recoge un mechón de los cabellos cortados á su amante. Es este idilio tristísimo el más casto, el más dulce, el más genuinamente sagrado de todos los trabajos de los Goncourt; y en él ya no se ven ni estudios de caracteres, ni luchas por la existencia. Es una vida dulce y apacible de una mística niña en todos sus días y todas sus horas; una sucesión de hechos, nada más; la historia de una pobrecilla flor del trópico, pura y sonrosada, trasladada á un clima frío y brumoso.—Tócale el turno luego á *Madame Gervaisais*, la libre pensadora, la mujer educada é instruida que ha bebido su ciencia en Kant pasando por la escuela Escocesa y la filosofía de Reil y de Dugald Stewart. Sus primeros años se deslizan plácidamente, sin que ello importe decir que su espíritu vague en ese mundo de idealidades en que siempre se arroja la mujer, no; ella medita, ella reflexiona; su naturaleza es eminentemente investigadora, tiene sed de saber,

afán de vida y sus ideas se remontan á veces á lo incognoscible, buscando las verdades absolutas, los *primeros principios*, lo abstrato y único. Su instrucción es sólida si cabe, y no esa instrucción que finge la mujer en los salones y que no es, la más de las veces, sino roce social, catálogos aprendidos con cuidado y frases hechas ó recogidas de un erudito amigo ó en un libro cualquiera y al acaso. Pero ésta mujer pensadora, grave, reflexiva, llega un día á Roma y entonces todas sus ideas conquistadas lentamente, toda su vida de filósofa convencida, toda su razón, todo su saber se siente vencido por aquella atmósfera sagrada que circunda á la Ciudad Eterna; véncelan los muros gigantes y las amplias bóvedas de las catedrales, el brillo de las pinturas, los ecos del órgano, la luz de los cirios, los cuadros, las estatuas, las piedras, hasta las simples sombras; y su alma sedienta de fé, respira á plenos pulmones el ambiente sagrado, inundándose con aquella calma, gozando de aquella luz celeste. Roma la ha doblegado, vencido, quitado su incredulidad y ya no la soltará más. Y ésta historia—la última en que Julio tomó parte—acrécese á los ojos del lector con su estudio de una sensibilidad extremada; dijérase que en él hay jirones del alma de los dos hermanos; que han puesto algo de su sensorio y mucho de su sangre. Porque, en verdad, es admirable ese exámen de un espíritu fuerte y aparentemente preparado para la lucha que cae poco á poco y se derrumba, no ya ante otro sér humano como Naz de Coriolis ante Manette Salomon, no ya como Sor Filomena ante su constitución enfermiza, no como Renata Mauperin por causa de leyes hereditarias y pérdida de su voluntad moral, sino ante la fuerza de cosas inmateriales, del aire que respira, de las pinturas que vé, de los cantos que oye, de las paredes que roza. Es el algo eterno de la creencia católica infiltrándose en el corazón de la mujer, venciendo su aparente fuerza que no es á fin de cuentas más que su debilidad con careta científica; conquistándola sin razones ni argumentos, por la simple fuerza de las cosas al influir sobre un sensorio vibrante. Y por eso es tanto más grande ese libro de Mme. Gervaisais, porque hay en él un análisis profundo, un caso típico y original. Yo admiro el libro en ese sentido; yo me siento subyugado por esas páginas de fuego, de éxtasis inmensos, de luchas conmovedoras; pero sí, como pretende Bourget, se quiere hacer de él una obra tendenciosa, ya no estoy de acuerdo. No; la religión, lo inmaterial, lo que se *sabe* que es falso, no lo vence tan fácilmente á un sér pensante, á un sér que se ha instruido como Mme. Gervaisais. Está bien que eso pase en una mujer, que al fin y al cabo todas las Mmes. Gervaisais habidas y por haber, digieren muy mal lo que leen ó no lo digieren, y más tarde, cuando se toca á su *sensibilidad*, no á su *razón*, sienten caer sus *convicciones* y retornar la perdida fe. Todo eso es muy de efecto, muy bonito en literatura; pero no se pretenda hacernos creer que es tendencia filosófica y verdad irrecusable. Ya lo he dicho: en una mujer se concibe esa apostasía, en un hombre se me antoja ridículo, como el caso de Leo Taxil

el traidor. Pero este fin filosófico que se pretende ver en el libro de los Goncourt, no es más que una afirmación gratuita de los críticos. En ninguna parte han hablado sus autores de que trataran por él de vindicar á la fe cristiana. Ellos han obrado como artistas nada más. Han comprendido que el tema era nuevo y se prestaba para engendrar una obra de arte; y deseando lucir sus facultades analíticas, tomaron por tipo á una mujer, en vez de un hombre. De ese modo la lucha de un sér viviente con los inorgánicos, sería más lógica y razonable. He ahí todo; y no se pretenda hacerles decir á los Goncourt, cosas que jamás han dicho, bajo pretexto de aumentar las bellezas de su libro. Por lo contrario, tengo la profunda convicción de que *Mme. Gervaisais* es, si no el mejor de los libros debidos á la colaboración de Julio y Edmundo, por lo menos unos de los mejores; pero si se dice que su fin es moral y filosófico, pierde la mitad de su valor, pues no se concibe la conversión de un sér inteligente por la lucha con cosas materiales, sin un desequilibrio mental ó una falta de lógica en los autores, ó un romanticismo decadente, pueril y tonto, como el del *Docteur Rameau*.—Y siguiendo la revista de los personajes de los Goncourt, veo aparecer á *Germine Lacerteux*, la criada histerica, la pobre hija del empedrado parisiense, la doncella de la Sta. de Varandeuil, la casta niña seducida por un miserable mozo de café; y la veo buena y honrada, adorando y adorada de su ama, más tarde prendada de Jupillon, el corrompido, el malvado, el obrero holgazán, á quien ella dá en holocausto toda su vida y todo su dinero, regalándole una guantería para que trabaje, llegando á convertirse en ladrona para darle el «luis» que le exige el amante, sacrificándose ella misma cuando, por verle contento, le dá los miserables francos con que ella iba á pagar su cama de parturienta en el hospital; la veo sensual y arrastrada ya al vicio por su temperamento y la pérdida de su hijita, penetrar al baile de la *Bola Negra* en busca del amante que la desprecia; tomar otro hombre, Gautruche, después de una fiesta campestre, y, por último, rodar al fondo del cieno, correteando por el arroyo, en la media noche, en busca de un hombre cualquiera que satisfaga la sed de sus sentidos, hasta que la muerte se compadece de ella y la arroja en la fosa común, sin una cruz, entre dos fechas «como si» el destino de la pobre mujer hubiera querido que no tuviera, en la tierra, más sitio para su cuerpo que para su corazón! Es la historia del alma enferma de la mujer en las últimas capas sociales, esa historia de *Germine*; es el dolor humano expuesto en toda su horrible desnudez, con sus lágrimas y sus dolores, sus corrupciones y sus crímenes; la lucha de un sér débil y enfermo, expuesto á las tempestades de la vida sin un sosten ni una mano amiga, y arrastrada al vicio por su constitución endémica, su temperamento histerico, el despecho de voluntades contrariadas y el *summu* del dolor no restañado. Y ya no hay más. La historia de *Germine* es sencillamente una sucesión de hechos lógicos, impecables, determinados y precisos. La ley determinista se cumple

ahí en toda su fuerza y poder, y es tanto más violenta cuanto que el sér está abandonado á sí mismo y no sabe luchar. Hasta el marco del cuadro es sombrío, causando honda tristeza aquella fiesta campestre en donde Germinia encuentra su segundó amante y dando repugnancia y lástima la descripción magistral del baile de la *Bola Negra*. Yo de mí se decir que la lectura de esa obra portentosa me dejó completamente aniquilado, habiendo palpado tan de cerca, como nos la presentan los Goncourt, á esa parte del pueblo de una nación contemporánea. Y me explico y concibo que á libro tan grande y á examen tan detenido, se le haya dado, desde Zola hasta el último crítico, el título de *chef-d'œuvre*.—Viene, por fin, *Carlos Demailly*, el infortunado hombre de letras que tantos sarcasmos obtuvo de Barbey d'Aureville; el hombre inteligente, inspirado, enamorado de su arte, y sobre el cual arrojau los Goncourt su misma sensibilidad y sus mismas ideas. Es portentoso el examen de ese desgraciado joven cuya vida siguen detenidamente sus autores, analizando su alma y su corazón. Está dotado de una sensibilidad extremada, casi dolorosa que es casi la ruina de sí mismo y la causa principal de su desventura. Observa y piensa como los mismos Goncourt, y su luz de extrema contribuyen aún á hacerle más simpático. Sus pasiones, su modo de obrar, no son otra cosa que las pasiones y los actos de la generalidad de esa clase de los «hombres de letras», pero con una nota culminante, una ráfaga de genio que ilumina todas las páginas en que se lee su nombre. Es un sér de carne y hueso que vemos andar y sentir y cuyos dolores nos contristan y nos hacen sufrir como nuestros propios dolores. Y el alma vibrante, el corazón en un puño, el aliento contenido, los ojos á veces llenos de lágrimas, así es como el lector sigue la tremenda lucha de ese artista genio zaherido por la envidia, salvado en sus comedias magistrales, perseguido por sus artículos inspirados y sensatos y hundido por el mismo método que emplea en la composición de sus obras. El diario de *Carlos Demailly* es la completa expresión de esa sensibilidad que he mencionado y que no es otra que la propia de los Goncourt. Hay en él notas brillantes y fugaces que brillan con extraño fulgor y dejan en el cerebro una estela luminosa é imborrable; hay observaciones finas y delicadas que sólo un artista de raza puede haberlas notado; hay simples exposiciones que revelan un exquisito gusto de la frase bien construida, con palabras nerviosas, llenas de coloración y como palpitantes de vida. Y su constitución delicada, enfermiza, repercute de un modo terrible y doloroso la sensación que le produce los ataques violentos y brutales. La menor conmoción tiene en él un gran eco, un estremecimiento de todo su cuerpo, cual si un dardo rapidísimo viniera á clavarse en el corazón y se incrustara allí, vibrante todavía. Sonríe sin embargo, sabe que él es superior á esos criticuelos, pero esto no obsta para que el dolor interno le agobie. Y para término de males un día se prenda de una artista falaz y perdida, Marta, por que le encuentre los rasgos de la heroína de una comedia suya

L'Ut enchanté, y es ésta mujer cuya falsedad y perfidia bien patentes pasan para él inadvertidas, la que le subyuga, la que le rinde, la que concluye por arrojarle á la solitaria y fría celda de un manicomio. Obra más triste no es dado encontrar, y más verdadera tampoco. Todos sus personajes, los hombres de letras amigos de Carlos, y redactores del *Escándalo* son tipos vivientes, reales, que se pueden hallar en París, en cualquier parte, en las salas de los cafes ó en los gabinetes de la redacción de los periódicos. Son hombres que saltan en nuestros recuerdos y que nos hacen exclamar: "Calle! Este es fulano en pintura" ¿Como, pues no compadecer á aquel pobre maníaco de Aureville, cuando dice que los personajes de *Carlos Demailly* (*Les hommes de lettres*) son unos poseídos, una récuca de incompletos y congestionados? ¿Como no sentir profunda lástima al leer en la crítica de el autor de *El Cabecilla* que esos hombres no se hayan en la vida real? ¿quien es Carlos Demailly sinó el mismo espíritu de los Goncourt? ¿quien los amigos de aquél sino todos esos hombres ambiciosos de nombre y popularidad que andan por los salones, los cafes, las redacciones de periódicos, exponiendo sus ideas, teorías y esperanzas, desarrollando sus temas y leyendo sus producciones, exitados, nerviosos, hasta incoherentes si se quiere?

Tengo para mí que esta novela que vengo analizando es una de las mejores escritas por los Goncourt, á pesar de ser una de los primeras que brotaron de su pluma. Hay en ella un examen perfecto y acabado de un carácter y una observación sagaz y espiritual de todos los literatos; está admirablemente dibujado el medio en que éstos actúan y es primorosa la labor que refleja sus costumbres de cada día: es real y sentida amén de soberbiamente narrada, esa muerte que la artista disoluta y pérfida da al genio y la razón de su amante; y por lo que respecta á la forma, es encantadora, así en la narración como en el diario del protagonista. De todo aquel conjunto de bellezas, precursoras de las que nos darán los autores en *Germinia* y en *Mme. Gervaisais*, brota un extraño perfume, enervante y misterioso, que electriza nuestro sensorio dándole al par la nostalgia de esperanzas desvanecidas, como las que viven febricitantes un segundo en la mente del viajero que fatigado y sediento, percibe un miraje en la inmensa soledad de los desiertos.

VICTOR PÉREZ PETIT

(Continuará).

LA LIRA TORVA

"Encore un hymne, ô ma lyre!
Lamartine.

Cual ruje turbulenta en el desierto
Del Simón la tromba,
Así en las cuerdas de mi lira hay una
Que vibra siempre ronca.

Es una cuerda muda, que sólo alza
Su son con eco rudo
Si en canto de dolor ó desventura
Con las otras la pulso.

Entonces, fiera, con viril acento
Fastiga á los tiranos,
Y un anatema son las poderosas
Notas que de ella arranco.

Cuando la patria gime, en negra noche
De esclavitud sumida,
Es menester lanzar grito de guerra
Que en sangre la redima.

Hoy que á los golpes de traidora espada
Vencida va la toga,
En esa cuerda muda duerme el himno
Glorioso del ilota.

Mas, como el bien, el mal no será eterno.
Pronto vendrá la hora
En que al aire brillando, las espadas
Den lumbre redentora.

Y en ese amanecer, como en Egipto
Al asomar la aurora
La estatua de Memnón, del sol herida,
Vibra poderosa,

Con sonos misteriosos arrancados
Al bronce de su entraña
Que cantos de victoria ó tristes ayes
De muerte remedaban:

Así, tremenda pulsación del neta
De una gigante arpa
En que de tempestad un recio soplo,
Mujiendo se quebrara,

Quizás oigais mañana en esa cuerda
Que vibra siempre ronca
El canto de los libres que yo guardo
Aquí, en mi lira torva!

ADRIANO M. AGUIAR.

Montevideo, Febrero 1886.

LOS ÁLBUMS

Si se me pidiera la definición de lo que es el álbum de una mujer, diría ésta, la que más pronto me viene á la boca: es el pequeño templo literario adonde acuden los devotos—admiradores y amigos—á rendir homenaje á la dueña de ese libro, cuyas páginas, blancas en un principio, concluyen por ser negras. No sé si mis amables lectoras estarán de acuerdo con mi opinión; no sé tampoco por qué he elegido esa definición que contraviene—y eso para mí—á las más elementales reglas de la lógica y de la retórica; pero sé ciertamente que, verídica ó falsa, no ha de ser del todo despreciada por las damas que me lean.

—¿Quién es ella?—debe preguntar el escritor, parodiando á don Francisco de Quevedo, cuando se le trae un álbum de femenino pertenencia, para que inutilice la blancura de una de sus páginas. ¿Es bonita? Pues un soneto á su hermosura. ¿Que, por desgracia, es fea? Pues no le faltarán recursos para alabar su alma, que como no se ve, ni se oye, ni se verá jamás, puede ser tan pura como la luz, tan grande como el espacio y tan buena como la bondad misma. ¿Que tiene novio? Pues unos cuantos renglones serios, circunspectos y en prosa,—y haciendo si es posible, en ellos todo el alarde de la propia sabiduría, agasajando indirectamente al futuro poseedor de la prenda,—bastarán para que se salga campante y airoso del paso. ¿Que es muy joven? Ah! Entonces es cuando entran en juego las esperanzas, los ideales, las nitideces del alma, el célebre y comentado porvenir de oro y rosa y el número de flores (entiéndase años) que componen su edad. ¿Que es vieja y al mismo tiempo fea? ¡Oh dolor!... Pero pensando un poco se resuelve este difícil problema, cuyo resultado no es otro que encomiar su virtud, su talento y su nobleza en materia de sentimientos.

Y digo todo esto, porque muchas veces he leído por curiosidad las páginas de diversos álbums que han llegado á mis manos, y he visto escritas en ellos muchas cosas que no le van ni le vienen á sus dueñas, como, por ejemplo, poesías á sus ojos negros cuando ella los usa simplemente pardos, pequeños y sin atractivos; páginas de esmerada prosa pseudo-rubendariana (pido perdón á la Real Academia por el nuevo adjetivo) á los encantos de unos cabellos que no son ni rubias guedejas, ni hebras de ónix, ni bucles de ángel, sino únicamente pelo; rimbombantes cuartetos en cuyo fondo se ve una hermosura de diosa, un talle de palmera y una boca de coral, cuando consta positivamente que Dios no ha querido fuera verdad tanta belleza, sino simplemente verso.

Se puede quedar muy bien con una señorita, haciendo, antes de escribir en su álbum, un examen paciente de su sér y modo de ser, de manera que, eligiendo su condición más resaltante, quede ella contenta de la verdad pura ó aproximativa de lo escrito, y no descontenta al enterarse de la mentira forzada del escritor que le dice con frases

musicales que es tal cosa, cuando ella sabe bien de memoria que no lo es. En resúmenes cuentas, hay que buscar un criterio que respire verdad ó que se acerque á ello, para quedar bien con uno mismo y mejor con ella misma. No quiero decir con esto, que en los álbums se lean muchas mentiras; no señor. Ello indica simplemente que lo que se escribe en sus hojas debe ser el retrato literario de su dueña, y no una pintura que sea tan distinta del original como lo es el día de la noche.

Cuando no hay realmente belleza física en juego, ahí están el corazón, el alma, la virtud, el amor, la simpatía, temas que pueden desenvolverse libremente sin temor de caer en el más vulgar de los pecados capitales. Además, no hay necesidad de mostrar las verdades completamente desnudas. Tiene, por fortuna, la retórica mil formas y mil figuras, para poderlas verter hermosamente y hacerlas merecer los lauros de un papel lucido por demás, ante la profundidad de la inteligencia, que es de suyo crítica.

Lo confieso. Del mismo modo que me conduce leer una frase chabacana y trivial en el álbum de una mujer hermosa, que á todas luces merece algo más grande y mejor, me sonrío protectoramente al leer una esforzada y poética alabanza en una de las hojas del libro de la que no es digna de tal cosa. El arte quiere verdad, y la literatura de los álbums no es más que una de las ramas del arte de escribir en prosa ó verso. ¿No rabiardas, lector, si oyeras decir, como una grande alabanza, que el cielo es bonito, simplemente? Y si te dijeran que un cuadro que representa un celaje es más bello que el mismo firmamento, ¿no te darían ganas de estrujar al que...? Mas, ¡ay! ¡Cuántos me graduarán de poco galante é irreverente al leer todo esto! ¡Cuántos me llamarán insociable! ¡Cuántos, hurra! ¡Y cuántos, positivista! Pero yo les arrojó el guante y me quedo en mis trece... y que me digan, con el corazón en la mano, la conciencia por testigo y la inteligencia por juez, si no es verdad todo eso. Y me salgo de este párrafo diciendo que: el álbum debe ser el poético espejo de su dueña. Ni más, ni menos.

¡Dichosas las niñas que tienen un álbum donde en galanas y musicales frases, rítmicos y cadenciosos versos, se ha rendido tributo á su belleza, á su virtud y á su talento! ¡Dichosas, sí, mil veces dichosas, las que, en las horas del tedio y del fastidio, pueden recorrer con los ojos, una por una, las memorias escritas en ese hermoso libro, y albergar tantos sinceros pensamientos en el recinto sagrado de su alma! Ellas tendrán entonces más alegría en el corazón, más vida en su sér, más ensueños en su espíritu, leyendo y releiendo la dulce palabra del literato y la combinación poética del vate.—Y todo esto ha sido escrito para mí! —se dirán regocijadas. Amigos, escritores, filósofos, poetas, todos han recorrido con florido paso estas páginas, convertidas hoy en mi castillo encantado!...

Y allá, cuando inflexibles avancen los años en su viva carrera, cuando la niña convertida en esposa tenga en derredor de sí los inefables afectos del hogar, ella

podrá sacar enternecida de su caja de memorias aquel álbum que la ayudó á forjar sus ilusiones y sus esperanzas cuando joven, y podrá contemplarlo y leerlo aún mil veces más. Y con el mismo sentimiento con que se recuerdan los goces de la juventud, con el mismo deleite con que se contemplan las viejas flores conservadas entre las hojas de un libro, con la misma dicha con que se escuchan las notas de una música lejana que nos hizo conmover en otros tiempos, con ese mismo afán que hace surgir nuevamente del alma las cosas olvidadas, la vista de aquel álbum levantará una montaña enorme de recuerdos que nunca han muerto ni morirán jamás. Entonces, la madre mostrará aquella alhaja de tanto valor á sus hijos; y en los puros reflejos de sus páginas, en el fragante aroma que se desprenderá de ellas, los tiernos pequeñitos aprenderán en un grato lenguaje la enseñanza del sentimiento, del talento, de la virtud y de la belleza bien comprendida y mejor juzgada.

¿Sabéis ahora por qué, lectores míos, yo preconizaba hace poco la verdad de lo que se escribe en los álbums? ¿Me habéis comprendido al fin? Pues bien; así sea.

PEDRO MARTÍ.

PRIMA VERA

Á mi amigo el Br. Pedro Lago

Lluvia de oro brillantes mariposas
Esparcen sobre el seno de las flores,
Y el rocío, corona de fulgores
Ciñe á la frente de las blancas rosas

Nubes de armiño y de carmín preciosas
Ostenta por cortinas de colores
El lecho donde sueñan sus amores
De la aurora las hadas primorosas.

Es un nido de notas cada planta
Y un vaso de armenias cada nido;
Y hasta en mi pecho sus quimeras canta,

Con vigor nuevo, el corazón herido,
Desde la Primavera se adelanta
Pintando trozos del Edén perdido.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Sua Eccellenza il marchese La Force

A Francisco Costa.

(Conclusión)

En esto estábamos cuando en una revuelta del camino vimos aparecer un hombre montado en un grande alazán y rodado por una entera jauría. Ancho chambergo cubría su cabeza; su traje era de caza y en las manos enguantadas traía un látigo de luenga trenza.

Era el ilustre Señor Marchese de La Force que no tardó en echar pie a tierra delante de nosotros y arrojando las riendas a un lacayo, dirigióse a mi tío, diciéndole: —*Oh! mio caro, scusami se ti o fatto aspettare!*... ¿Sabes?... un asunto... allá abajo... en la dehesa. *¡Dianime!*

Un apretón de manos a mi padre y una distinguida caricia a mí.

—Pero entrad, Dios mío!... os halláis en vuestra casa... ¡claro!... aquí no estaréis como en la ciudad... pero... *¡Dianime!*... ya os encontraréis a gusto... y con un poco de buena voluntad... *¡vediamol! ¡Dianime!*... *¡Fiovanni! ¡Pietro!*... *¡sibitol!*... las habitaciones para estos señores... *¡Andiamol!*... —y nos arrastraba hacia el interior del Castillo—¿y fulano, como está?... ¿qué tal habéis dejado a tales?... *¡Dianime!*... ¿y tú, siempre alegre, no?... eh?—le decía a mi tío.

Era muy locuaz el señor Marqués; y viendo que el vestíbulo estaba sin luces, dirigiéndose a varios holgazanes que yacían sentados en tapizados sillones, les dijo—*Signor intendente ¡Dianime!*... las luces, pronto... ¿qué es eso?... *¡Dianime!*... no no... ya deberían estar encendidas... eso es... así... —Y a mi tío—mira... sabiendo que tú vendrías he ordenado te prepararan un... lo digo... *¡Dianime!*... un... —y viendo la sorpresa retratada en el rostro de su amigo—sí!... lo digo... *¡Dianime!*... un faisán... te-hé-he-cho-pre-pa-rar-un-fai-sán... al horno,—decía recalcando las sílabas y riéndose a carcajadas.

Entramos en nuestras respectivas habitaciones. Pero antes de hacerlo yo tendré el grandísimo placer de hacer la presentación del señor Marqués a mis lectores.

Augusto Luis de La Force era hijo único de otro La Force ilustrísimo que en vida fué caballero mayor (puesto muy codiciado) del Rey de las dos Sicilias, Fernando; pero a la muerte de este sapientísimo Rey, el noble anciano La Force, según cuentan las crónicas, no tardó en seguirle a la tumba, quizá por el disgusto que le ocasionó aquel fin tan prematuro ó según cuentan algunas malas lenguas (nunca faltan) el noble anciano había fallecido de una gran indigestión *lechonil*; lo que es yo, no lo creo.

Sube al trono Francisco II y es su caballero Augusto La Force. Cae del trono Francisco, y Augusto que poseía un corazón sensibilísimo, se retira a sus posesiones donde acostumbra a no pensar más en las volteretas de la suerte y a no ocuparse, para

nada, de la desgracia de los reyes. (Estos La Force siempre se hicieron notables por su fidelidad).

Era un hombre de elevada estatura, musculoso y nervioso como un eucalipto, sus espaldas eran anchas, pero tenían cierto dejo airoso. Cabeza grande y bien plantada. Su piel era morena, casi bronceada. Su frente era ancha y deprimida. Nariz sensual y achatada. Ojos de color castaño claro, con reflejos cenicientos. Usaba patillas muy negras, aunque su cabellera empezaba a mostrar hilos plateados. Sus manos, continuamente en estuche (vulgo, guantes), eran un modelo por lo finas y elegantes.

Luego que nos hubimos cambiado de ropa, mi padre y mi tío con los fracs puestos y yo con mi traje más nuevo, no tardamos en oír un feroz campanazo que anunciaba, no hay duda, la hora de la comida.

En efecto, el ilustre y pesado mayordomo que fué nuestro compañero de viaje, vino a nuestras puertas anunciándonos que los señores (aquí el nombre de los huéspedes) estaban servidos.

El comedor era una inmensa pieza, dentro de la cual había una mesa un poco menos inmensa. Grandes cuadros de tintas oscuras; larguissimos cortinones; raros objetos de arte, etc., etc., adornaban aquellas paredes.

Sobre la mesa grandes candelabros sostenían finas velas de estearinas que alumbraban dulcemente riquísimas salceras, manteceras, sardineras, y muchísimas otras *eras* de *eras* antiguas y modernas.

Delante de cada comensal la luz quebrábase, como bailarinas babilónicas, contra ocho copas de distinto tamaño que en su puro cristal tenían grabado el escudo de armas del señor Marqués. (Este escudo era un poco más chico, está claro, que el que había en el frontis del castillo).

El marqués estaba inapetente y eso nos contrariaba a mi padre y a mí por que la etiqueta palaciega (que habíamos tenido el cuidado de leer en un antiguo libro de no sé qué Rey chino) ordenaba que termináramos de comer al mismo tiempo que él, en cuanto a mi tío en comiendo olvidábase de todas las etiquetas chinas habidas y por haber, y comía de un modo atroz; quizá en los anales de la casa de los Laforce no encontraríais un sólo caso de tanta descortesía ¡comer cuando se tiene apetito!

Por fin apareció un servidor trayendo una hermosa bandeja de plata y oro (a menos que no fuera de latón) finamente cincelada que contenía un ave de muy escasas dimensiones. El señor Marqués con displiencia no tardó en decirnos *Ecco il gallo d'India*—mientras apartaba delicadamente los montones de lechuga que rodeaban al faisán.

El tal gallo de India ó faisán real era más pequeño que una vil palomita y más duro que el más endurecido de todos los gallos de Inglaterra (por algo sería de India).

Inútilmente se hicieron todos los esfuerzos posibles para poderle clavar los dientes pues sus escualidas carnes se resistieron de tal modo a que se les infriera el menor agravio que le oí murmurar a mi tío con voz quejumbrosa que otra vez vendría pro-

visto de una pequeña sierra de bolsillo para poder cortar los faisanes ó gallos del señor Marqués.

Luego de habernos servido las frutas (una nuez, dos avellanas y una castaña) pasamos al salón de juego donde tomamos el café preparado en una cafetera rusa perfeccionada, regalo del abuelo del Czar, que en vez de café nos hizo beber tinta de calamares y con un gusto!...

En el salón me entretuve en hacer rodar las bolas de un pequeño billar con peligro del señor Marqués y de sus distinguidos huéspedes que en una mesita próxima jugaban al treccillo.

El aburrimiento era en mi plebeyo sér una fuente continua. Mi garganta seca por aspirar el aire caliente de la estancia, debido al calor que manaba de una horrorosa fogata encendida en una monumental estufa de mármol jaspeado, pedía tácitamente un poco de agua; pero mi ignorancia sobre si estaría dentro de los límites de la etiqueta (¿China?) el solicitó un poco de agua, cuando se tiene sed, abstúveme de hacerlo porque más valía sufrir un martirio que pasar por grosero.

Me puse a observar los cuadros y retratos que colgaban de la pared con una curiosidad y detenimiento artístico nada encomiable porque maldito si yo entendía un pito de eso y por el destrozo que hacía en las sillás que servían de pedestal a mi impertinencia.

Hasta que al pasar por delante de la estufa vi debajo de una campana de cristal una rarísima plantita de color indefinible; detúveme cerca del Marqués y señalándola con el dedo le pregunté:

—¿Qué planta es ésta?

—Esta planta fué traída de la isla de Ceilán—me contestó pausadamente mientras sus afilados dedos rosaban la seda de su barba—por uno de mis antepasados cuando el de Bonillon hizo la tercera cruzada.

Bien sabía mi tío que Godofredo de Bouillon jamás había pensado en darse una vueltecita por Ceilán, pues muy ocupado tenía el tiempo en estos andurriales para meterse sin más ni más en tales honduras; pero lo decía el señor Marqués...

—¿Y cómo se llama esa plantita?—insistí.

El Marqués dudó (puede que allá en sus adentros estuviera segurísimo de no saberlo, pero todo un Marqués y ex-caballero) de una majestad acusar ignorancia... y transcurridos breves instantes dijo, como quien no recuerda bien, haciendo gestos y ademanes embarazosos:

—Esta es la célebre *Menticomo Vulgaris* de Linneo—lo cual traducido por mi tío equivalía a—como mentía vulgarmente el señor Marqués (lo que es yo no me atrevo a creer que esta producción sea la literal).

Por fin cuando el señor marqués cogió un fenomenal pendón y dió dos golpes con él sobre un tams-tams que nos dejó casi aturdidos, vinieron a la sala dos servidores, trayendo uno de ellos varias copas llenas de agua y el otro un frasco de plata con un cuenta-gotas en el gollote. Detúvose el de las copas delante mío, se aproximó el otro é inclinando el frasco vertió una tras otra

hasta tres gotas, que al mezclarse le dieron un aspecto nebuloso. Se retiraron los famulos é hicieron lo mismo con mi padre y mi tío. ¿Qué sería aquel enjuague?

Mi tío que conocía las costumbres de la casa y era muy bromista de suyo, dejó deslizar satíricamente estas palabras, *Le tre gocchie di sapone* (las tres gotas de jabón) nombre con que intencionalmente calificaba al anís del señor Marqués.

—Este anís, se permitió decir La Force, ha sido cosechado expresamente para mí en las orillas del Jenisei, Siberia Austral, 75 grados L. N.

Con todo este lujo de detalles no había porqué dudar, pero ¡oh misterio del cerebro humano!

Mi tío dudó, pues se le puso en las mientes que en aquellas latitudes no podía cosecharse el anís...

El marqués que observaba a pesar de todo la incredulidad en el rostro de sus oyentes, la embarró agregando:

—Sí, se conserva en invernaderos—y despues de un rato—con estufas...

Accedimos con la cabeza quedándonos completamente convencidos del... ingenio del señor Marqués y sus vastos conocimientos geográficos... Ah! me olvidaba decir que las tres gotas de anís no lograron darle sabor al agua, con todo de ser cosechado en la Siberia Austral etc., etc.

Dieron las diez en un monstruoso reloj que habitaba en el salón y despues de desearnos mutuamente una buenísima noche nos retiramos a nuestras habitaciones.

Estas estaban en el ala izquierda del castillo y casi todas daban al jardín por sendos, altos y luengos balcones.

Causóme cierto temorcillo la inmensa cama con su correspondiente columnata y cielo-raso que parecía al primer golpe de vista un *break*. Reuniendo todo el valor que poseía me deslicé por entre las frías sábanas permaneciendo acurrucado y con miedo de moverme.

El sueño huía de mis párpados; cualquier susurro, un ruido insignificante, me sobresaltaba de un modo horrible. Figúraos cuál sería el colmo de la admiración cuando filtrándose por las hendijas del balcon oí distintamente a pesar de las escalas cromáticas de los feroces ronquidos de mi tío que dormía en la pieza vecina, una voz sonora de *mezzo soprano* que acompañada por los sonidos de un pianoforte ejecutaba con rara maestría una romanza.

Levantéme a medias y la canción llegó a mi cada vez más clara y precisa ¡conque arte sublime lanzaba aquellos gorgoros! ¡que límpidez en los trinos! ¡que cadencias armónicas!...

La voz elevóse en un *crescendo* magestuoso hasta el sol mayor para descender pausadamente a las notas graves, terminando cual el suspiro de una mariposa cuando llora la ausencia de su amante, algun infiel *mariposo*.

Al acostarme me había olvidado de cerrar los postigos de la ventana, así que me desperté por la mañana sobresaltado al ver tanta luz en la habitación. Me eché al suelo, y a pesar del muchísimo frío que hacía vestíme en un santiamén yéndome luego a la

ventana cuyos vidrios estaban empañados.

Despues que hubé pasado la mano por encima de ellos para unir las partículas de agua y hacer visible el exterior pude observar que nevaba. (Este detalle pertenece a la escuela minuciosa.)

El cielo pálido, de un color uniforme, parecióme una gran papelera que dada vuelta por una mano gigantesca arrojara al espacio pequenísimos recortes de papel gris.

Muchos miles de copos finísimos, semejando ya transparentes medusas, ya irregulares pedazos de tela, ora parecían hojas blancas de mora, como ya vasos de opaco cristal, caían silenciosamente sobre el suelo y sobre los árboles cubriéndolos casi por completo.

Ningun ruido exterior llegaba a mis oídos; únicamente en la alcoba inmediata mi tío continuaba ensayando difíciles acordes y variadísimos arpegios, con sus ronquidos en *fa* sostenido.

Al cabo de un rato la nieve cesó de caer y comenzó a soplar un vientecillo que, manso al principio, concluyó por perder la serenidad tornándose en borrasca. Era el *Borea* que siempre visita aquellos países despues de la caída de las nieves. Luego de haberlas solidificado se le ocurrió a éste viento rasgar el súcio telón de nubes que ocultaba el celeste escenario donde los poetas suelen hacer sus poéticas cabriolas y donde más de un escritor romántico se lanza en peligrosas y variadísimas piruetas, y sus jirones fueron hundiéndose en el horizonte mientras la tan mentada aurora concluía de asomar sus rosados hocicos.

El rubicundo Febo, que en esos momentos no era ni rubicundo y casi ni Febo y sí una amarillenta clara de huevo (de avestruz, por las dudas) no tardó en aparecer lanzando acá y acullá algunos de sus pálidos rayos color de crema.

Y yo envuelto en un pesado gabán de pieles perteneciente a mi padre y que dicho sea de paso me llegaba hasta los botines, me lancé por entre el castillo buscando la salida al jardín. No tardé en dar con ella y me encaminé por las nevadas sendas en busca del lugar de donde había salido la voz que escuché la noche anterior.

Había en aquel jardín un conjunto heterogeneo de plantas, exóticas la mayor parte de ellas; y traídas de regiones frías, a propósito para embellecerle, digo, afearle ¡que para tal sirven las seculares y venerables familias de las Coníferas, Gismnopernas y Equisetáceas (¡pobre lector sino conoces botánica!) relegadas por todos los hombres de bien a los cementerios y a los estúpidos jardines de los no menos estúpidos ingleses (sin alusión personal).

Paso por alto la descripción del jardín pues si mis lectores desean, con solo abrir el texto de Delafosse pag. 1800 y el de Mangin pag. 750, podrán enterarse de las plantas que lo adornaban.

A poco de andar por las revueltas sendas y con toda la sorpresa mía tropecé con un elegante pabellón chino que detrás de una hilera de castaños dormitaba casi olvidado, al parecer, por los séres humanos. Me orienté y no tardé en divisar la pesada mole del castillo y el balcón por cuyas hen-

dijas habíase colado una voz mujerial la noche antes.

A no ser que alguna driada trasnochadora y quejumbrosa habitante de aquel secular bosque, anduviera dando serenatas acompañada con un piano de manubrio, había razón para suponer que la voz brotara de aquel pabellón chino.

Me oculté como pude detrás de un grupo de arbustos y dispúsemme a observar; pero tenía para rato.

A pesar de haberse calmado el impertinente *Borea*, el frío me regalaba de cuando en cuando, no obstante el abrigo de pieles, unos estremecimientos horribles.

Perdía ya las esperanzas de no descubrir nada de lo que me interesaba, cuando despuesde observar detenidamente una de las ventanas que estaba herméticamente cerrada con celosías, corriéronse éstas para ambos lados y dentro del marco irregular apareció la más bella mujer que imaginarse pueda.

Muy arrebuñada, y rodeado su cuello por oscuras pieles, detúvose como admirada, observando el lugar en que yo me había ocultado y escudriñando con su vista los intersticios del grupo de arbustos.

Un movimiento involuntario de mi brazo hizo mover una rama, que con toda intención malévolamente cimbróse en el aire batiendo las inmediatas hojitas y denunciando mi presencia.

Me avergué del espionaje en que me pillaban y adopté un medio extremo. Indiferente en apariencia, salí de allí pasando por delante de ella y, mirándola de reojo, cobré bríos al notar en su rostro espiritual una sonrisa de amabilidad.

La saludé graciosamente quitándome el sombrero a propósito para que admirara las *ondulantes ondas* del cabello «de mi cabeza» y me alejé no sin haberme dado vuelta varias veces, divisándola apoyada en el marco y con su vista dirigida a mí. Al fin desapareció.

Durante el almuerzo estuve distraído, sentía un malestar inexplicable; veníanme ganas de llorar, y por momentos asaltábame un gozo inmotivado, con grandes deseos de dar cuatro brinco sobre la silla.

Concluido el almuerzo me fuí hacia el pabellón y por más que hice no pude volver a ver aquella mujer tan frescota y encantadora; entónces me volví triste y cabizbajo al castillo.

Según la costumbre de la casa el día Sábado se servía té a las 4 p. m. en el comedor como me lo había advertido uno de los holgazanes; así es que me dirigí él (al comedor) donde ya esperaban mi persona, el marqués y sus ilustres huéspedes, contándome a mí entre los ilustres, conjuntamente a un espiritual perro Alano, íntimo del marqués) para que diera mi autorizada opinión sobre unas cajas de bombones que sobre la mesa estaban.

Cogí una; admiré según mi corto saber la factura artística y las delicadas pinturas que la ornaban; la abrí, y no pude menos que lanzar una exclamación en alto grado admirativa al conocer el interior.

Era una maravilla por la feliz disposición de las diversas especies de bombones y por la distribución artística de los colores. Fi-

guraba un romántico paisaje, donde dos enamorados decíanse cosas tremendas, á juzgar por el rojo tomate de las mejillas de la dama; y antes que en mi indignación pudiera hacer pagar bien cara su osadía al atrevido galán, comiendo su rostro, el marqués quitómela de la mano é hizo notar á mi tío un detalle inútil.

—Estas cajas me las regaló S. M. la reina de los Países Bajos, no ha mucho tiempo, cuando hizo su viaje de incógnito por Italia. No lo dudamos.

—Observa tú—continuó—la estética de esta joya ¡qué arte! ¡qué sublimidad! *¡Didumel!*—y sin duda alguna en un rapto de generosidad, con peligro de la estética, del arte y de la sublimidad arrancó con dos de sus afilados dedos, un insignificante confitito y me lo tendió generosamente.

—Prueba esto *¡Didumel!* que es riquísimo.

Aceptéle gustoso y con todo disimulo, me aproximé al íntimo del señor marqués, el espiritual perro Alano de ilustre abolengo, y le arrojé la pequeñísima parte del regalo de S. M. la reina de los Países Bajos; lo cual visto por el marqués, le pasmó en alto grado y obligó á mi tío á disculparme:

—Este muchacho siempre ha sido así para los animales... muy cariñoso, cariñosísimo...

¡Escapósele á la perspicacia del señor marqués la doble intención de lo dicho por mi tío?

Grandes bandejas conteniendo tacitas que me parecieron dedales antiguos, biscocheras de oro y plata dentro de las cuales bailaban poquísimas galletitas, azucareras de porcelana chinasca etc. etc., fueron traídas y colocadas sobre la mesa del comedor.

El marqués cogió una tacita y dándole mil vueltas en las manos, hizonos admirar los dibujos, que, dicho sea de paso, representaban vulgares escenas campesinas del país del arroz y de lo amarillo y luego según su costumbre, sin que nada le preguntásemos, nos ilustró, diciendo:

—Este juego completo de té, me lo regaló el Mandarín Chino Ka-Keting, cuando hizo su viaje de placer por Europa.

A decir verdad, nosotros no conocíamos el tal Mandarín y ni siquiera teníamos noticias de él.

El Mayordomo con una monumental tetera en la mano, llenó hasta cerca de los bordes la tacita con líquido verde; otro criado vertió hasta cinco gotas de leche y esperamos á que trajeran el azúcar.

El distinguido y no menos ilustre La Force comenzó:

—Este té es del mismo que toma su graciosa (80 años) majestad Británica la cual tiene la amabilidad de enviarme parte del que le cosechan especialmente para ella.

No nos quedó otra obligación que admirar la condescendencia de su graciosa Majestad.

Al fin se presentó la azucarera en brazos de un criado, pues aquellas que habían en la mesa eran simplemente de adorno, y en esto que se aproximaba á nosotros, el amo detúvole con un gesto y dijo:

—En la honorable corte de Inglaterra el té se bebe sin azúcar.

Apenas lo hubo oído el fámulo, dió media

vuelta y se alejó, sin duda considerando que nosotros seríamos una parte infinitesimal, como quien dijera, la diez millonésima parte de la corte de Inglaterra ¡cuántos deseos me vinieron de ser siempre plebeyo! y recuerdo que hice juramento de no ir jamás á esa corte donde se bebe el té sin azúcar.

Imitamos al Marqués y con un valor á toda prueba nos engullimos todo el líquido, reprimiendo á duras penas un gesto desagradable, porque aquello sabía á tintura de galapa (aun que creo que jamás la habréis probado. Yo tampoco).

Terminado que hubimos el té no pude contenerme y le hice una pregunta que hacía rato escocíame los labios.

—¿Quién es esa señorita que habita el pabellón vecino?

Mi tío enmudeció; mi padre abrió desmesuradamente los ojos y á dúo dijeron:

—¡Una señorita aquí!

—Sí ¿que hay de particular?—y después de una pausa para poder dorar bien la plátora que pensaba hacernos engullir, dijo:—Una sobrina mía, hija del *Príncipe de Mangia Galli* que ha venido á tomar estos aires tan puros.

Enmudecimos!

Al día siguiente por la mañana debíamos partir y abandonar *Il Castello del Mascherone*.

Llegó el día de la partida. La berlina con las dos mulas nos esperaba delante del portón. La mañana era plácida; la atmósfera pesada y saturada de ozono; las nubes corrían carreras allá en lo alto, luchando á porfía.

Las mulas estaban impacientes, cosa rara en ellas, por marchar, no así los huéspedes que no aparecían.

Sin saber que hacer diríjme hacia el pabellón para ver á aquella mujer que había retratado su sonrisa en mi corazón, y ví—¡figuraos!—detrás de una gruesa encina cuyo tronco estaba cubierto de musgos, á mi tío en espionaje. Alejéme de él con temor de que fuera á verme; dí la vuelta, y... ví otra cosa—¡esta es la más negra!—ví nada menos que á mi padre escondido dentro de una especie de nicho que había en la pared. Escapéme más rápido que un lebre, y cuando creí hallarme libre, tropecé, ¡horror!—con la pesada mole del mayordomo que también estaba en acecho.

Y como único medio de salvación, dirigíme hacia el parque que se extendía detrás del jardín; pero ¡oh, infortunio! allí, por entre los árboles; ví una así como pollera de mujer. Me aproximé sigilosamente, y mientras mi tío detrás de una encina ensuciábase todo el traje con el musgo adherido á ella, y mi padre dentro del nicho manchábase con la cal de la pared, y el grueso mayordomo perdía el tiempo inútilmente, yo descubría detrás de un grupo de rosales silvestres, con todo el pesar de mi alma, el ningún parentesco que existía entre *Sua Eccellenza il Marchese* Augusto La-Force y su sobrina, hija del príncipe de Mangia Galli que había venido á tomar aquellos aires tan puros.

OTTO MIGUEL CIONE.

En honor de un maestro

(Discurso pronunciado por el Sr. Francisco Lacoste en la fiesta celebrada en honor del profesor señor Manuel López Ferrer, á nombre de sus condiscípulos y en el acto de hacer entrega del álbum con que testimoniaban su gratitud al maestro.)

Querido maestro:

Señores:

Hay momentos en la vida de grandes y dolorosas decepciones, cuando vemos á cada paso escarnecida la virtud y honrado el vicio; pero, para consuelo del hombre, hay instantes, como este que presenciáis, en que la virtud se ve iluminada por las claridades que proyecta el agradecimiento de una juventud que rinde homenaje al que generosamente por ella ha sacrificado durante 20 años girones de su existencia.

Bien justificadas son todas estas expansiones á que se entregan aquellos que fueron vuestros discípulos y compañeros de tareas, á fin de rendir culto al hombre que en compañía de otros muchos luchó al lado del inmortal José Pedro Varela para que los rayos fulgentes de la ciencia alcanzasen á todos aquellos seres que en nuestra patria estaban sumidos en la más densa obscuridad mental.

Cada vez que mi espíritu se remonta á la época en que luchasteis con aquel reformador de fe inquebrantable, me convengo más de que el resultado de aquella lucha hará de nuestra patria el primer pueblo de Sud-América en las conquistas fecundas de la escuela.

La civilización se encarga de demostrarnos de manera elocuente que el porvenir de las naciones tiene por piedra angular las virtudes y las sabias doctrinas que el maestro inculca á los corazones tiernos que van á la escuela en busca de luz; y vos habéis cumplido fielmente con esa misión ennoblecadora y levantada. Con verdadero orgullo, en nombre de vuestros compañeros y de mis condiscípulos, vengo á presentaros esta humilde ofrenda como símbolo de gratitud y cariño profesados al maestro, que al partir debe pensar que en el Uruguay no se olvida jamás al extranjero que sacrifica su existencia por una causa tan noble como la enseñanza y un principio tan humanitario cual es la redención intelectual del pueblo.

He dicho.



UN AMOR

(NOVELA)

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

«¿Me pregunta usted quién soy? Pues le agradecería á usted que me lo dijera.»
SCHOPENHAUER.

PRIMERA PARTE

DEL "DIARIO" DE GERVASIO VELARDE

Después de aquel paseo á la quinta de Verlara que hice con los amigos Mena, Calzada y López, no había vuelto á ver á Marta, y aquí, en mi «diario» tampoco he vuelto á mencionarla.

Pues como decía; el día 28 del mes ppdo. la encontré por la plaza Constitución con dos amigas: una, Francisca Verlara y la otra, una morocha lindísima que no conozco. Como esa noche me concreté á hacerles el saludo de fórmula, no hice mención del encuentro en mi diario de esa fecha.

Al día siguiente, 29, volví á encontrarla por la calle 25 de Mayo. Iba con su mamá, otra señora anciana y una niña. Entonces sí que hube de haberme ocupado en mi diario de ella, pues que unas rápidas miradas cambiadas entre Marta y yo me hicieron meditar bastante. ¿Estaría por entrar en el reino de Cupido? ¿El día 24 de Noviembre, día en que la conocí, sería en mi existencia la aurora del amor? ¿Iba á sufrir algún cambio radical mi manera de ser? ¿Me correspondería Marta si yo llegaba á cortejarla? ¿Estaba enamorada de verdad? Todos estos puntos de interrogación se me clavaron en el cerebro y me dieron bastante que pensar. Pero la escena que presencié, horas más tarde, en el Nine Pins, hizo me olvidar aquella cuestión amorosa.

El 30, vuelta otra vez á encontrarla por la plaza y vuelta á las miraditas. ¡Ospital! ¡Y qué ojos soberbios tiene la tal Marta! ¡Qué mirada! Sentía halagado mi amor propio y satisfecho mi corazón, viéndome observado por aquella señorita. Iba yo caminando por la Plaza Independencia cuando el encuentro. Como marchábamos en el mismo sentido, es decir; hacia la calle Sarandí, la seguí, sin notarlo ni hacerlo de propósito, todo lo largo de la Plaza, y por repetidas veces, con disimulo, la señorita volvió la cabeza para verme. Después crucé delante, y ya no la ví; pero, más tarde, á las diez y cuarto, las encontré por la calle 25 de Mayo, de regreso. Volví á saludarme amablemente, con una sonrisa hechicera (es la palabra) y clavando en los míos sus ojos, aquellos ojos negros, grandes, profundos, llenos de misterios y cargados de pasión. Entonces estuve titubeando entre seguirla ó continuar mi marcha hacia mi cuarto. Por fin hube de enojarme contra mí mismo, y repetirme que aquello era tonto y ridículo. Al subir á mi habitación, lo primero que encontré sobre mi mesa de trabajo fué el número del día de *El Pensamiento* y, recordando el error fenomenal aparecido en mi crónica, mis pájaros se echaron á volar y me olvidé de Marta, del paseo, del

amor y de aquellos ojos hermosísimos. Pero al volver á tomar la pluma á las doce de la noche, para trazar las breves líneas que figuran en mi «diario» de ese día, me sentí acometido de un tristísimo desaliento. Allí no lo dije; allí no fui franco; allí callé todo lo que pensaba.

¿Porqué no copié y dejé constancia de mi encuentro con Marta? ¿Porqué no transcribí las reflexiones que obsesionaban mi cerebro? Bien se adivina á través de las líneas referidas, que una idea fija me ajetreaba en la cabeza. ¿Fué por temor de apuntar en mi álbum aquel conato de amor? ¿Fué que pretendí ahogar la pasión que en mí nacía? ¿Fué, tal vez, por vergüenza de tener que confesar que estaba enamorado?

No lo recuerdo muy claramente, que digamos. Tan solo sé que al apagar la luz y metirme bajo las sábanas siempre la misma idea me perseguía. ¿Quería á Marta? ¿Me habrían flechado sus ojos negros? ¡Aquellos ojos! Continuamente los tenía clavados en los míos, y durante el sueño, todavía me persiguieron implacables. Pensaba y oñaba con ellos, sintiendo un goce íntimo cuya causa yo mismo no me explicaba.

Y hoy, en fin, la he vuelto á ver, y vuelta á las andadas y vuelta á las miraditas. Diríase que Marta tiene empeño en capturarame. Díjérase también, que á mi no me digustan estos «juegos malabares» con los ojos. Conque... es el caso que reflexionemos ya sobre el asunto.

Vamos á ver, ¿estoy enamorado? Con toda franqueza, creo que no. Yo no creo en el amor ni en las mujeres, ¿cómo podré entonces enamorarme? Pero, no vayamos sofismar... «despacito por las piedras»... Marta me gusta,—justo es confesarlo,—y no puede menos de suceder así: es una joven inteligente, bonita y elegante; me trató admirablemente el día en que la conocí en casa del ingeniero Verlara; ahora me «dragonea» á ojos vistas; forzosamente, pues, tiene que encantarme ó, por lo menos, halagar mi amor propio.

Pero de esto al amor... Ante todo, ¿puede ella quererme? ¿puede ella escapar á la ley general y no ser voluble y mentirosa? Puede, sí, serlo; pero hay algo en ella... yo no sé... en el modo de mirarme, en su conversación tan meditada, en sus gestos, en su cuerpo todo, que me hace desconfiar... Estas mujeres demasiado inteligentes, que todo lo reflexionan, hasta el amor, que colocan la cabeza por sobre el corazón; como vulgarmente se dice, me tienen muy escamado. Se debe querer con el corazón; es el único amor que yo concibo. ¿Puede quererme intelectualmente? No; eso no es amor; por algo se ha dicho que el amor es ciego. Esto de que una mujer pese el pró y el contra, que analice sus sentimientos como un comerciante el debe y haber, que trate de prever el porvenir, y sus más mínimas acciones, que mida todo el alcance de sus palabras y las dé un sentido exacto, en vez de obedecer ciegamente á los impulsos de su corazón, forzosamente es declararlo, no es amor. Yo creo,—tengo la firme persuasión—que una mujer ignorante sabe querer más al hombre que una inteligente: hay más amor en ella, precisamente por que ese cariño es *instintivo*, un cariño más rudo, más francote, que más se aproxima al amor de los animales...

El amor platónico no es nada más que una enfermedad morbosa; el amor sexual, por lo contrario, demuestra que el cuerpo está sano, que hay virilidad, fuerza, poder. El amor intelectual—por decirlo así—es un amor que nosotros nos

imponemos; el amor de los sentidos es un amor que nace con nosotros; el uno es forzado, el otro es ingénito; el primero está expuesto á todas las contingencias de nuestra voluntad, el segundo, pese á nosotros mismos, nos domina y nos subyuga; el amor intelectual es árido, frío, tonto, enigmático, falso, y el amor sexual es fecundo, ardiente, positivo, verdadero; el amor aquél es un sueño, el amor éste es una realidad; con el uno podemos ser ó no felices, alcanzar placeres cuasi místicos, vivir de esperanzas y visiones, tejer alcázares con la fantasía; con el otro gozamos indefectiblemente placeres físicos, vivimos la vida real y no estamos expuestos á rompernos la crisma como en el caso de que un vienteillo insignificante echara abajo aquellos alcázares fantásticos; en fin, mientras el uno es ilusivo, ensueño é infecundidad, el otro es la ley invariable y soberana, que regula la perpetuidad de la raza y de las especies al través de todos los organismos vivos, así botánicos como zoológicos.

Y el amor reflexivo, cerebral, ese amor platónico, razonado, que participa de todos los defectos del amor sexual, es todavía mucho peor para el espíritu. Una de sus heridas, una sola, causa la muerte. Sus golpes son incurables. Sus consecuencias son terribles. Amor cerebral es el de *Medea*, porque en él hay todos los impulsos vengadores del pensamiento y de los sentidos. Una mujer que ame con la cabeza, así que llegue á oír tiene en sus manos la caja de Pandora.

Y ahora que he visto que el amor platónico es un sueño, una vida de ilusiones y esperanzas, ¿no sería éste el remedio necesario para mi alma escéptica? ¿no transformaría él mi existencia? ¿no cambiaría mi modo de ser? ¿no alcanzaría, por él, horas de felicidad en vez de estas negras y frías que envenenan mi vida? ¿no sería ese el imán misterioso que atrajera la errada aguja de mi vida hacia el Norte de la dicha y del reposo?...

¡Oh, si esto me fuera dado!... ¡Qué albor de esperanza entre las brumas que cierran mi corazón!... ¡Qué inmensa alegría flotaría sobre estas páginas que hoy alientan con ondas de melancolía y estertores de tristeza!...

Sin embargo, la duda me corroe. Yo he nacido bajo un sino desgraciado; mi mismo modo de pensar y de sentir contribuyen á acrecentar esa desgracia, ¿puedo entonces aspirar á la dicha?

Esta Marta Ferrara, según mi amigo Calzada, ha tenido hace ya tiempo unos amores. Esto me desanima, confirmando mis teorías y suposiciones. Aunque yo tuviera la mejor voluntad del mundo para con ella, ese simple hecho es una desilusión para mí y un grande motivo para dudar de su amor. Porque, si Marta ha amado á un hombre, ¿ha sido ella ó él ó los dos los que han mentido la fe jurada? Supongamos que ha sido ella; entonces, ¿no volverá hoy ó mañana á engañarme á mí, como lo hizo con el otro, acarreándose así un pesar que maldita la falta que me hace, y que puedo excusar tan fácilmente? Pero, supongamos el caso contrario; supongamos que fué él el que abandonó á Marta, cuando ésta aún lo quería, ¿en este caso, puede ella haber olvidado al hombre que la dió dulcísimas emociones? ¿no me aceptaría á mí por despecho solamente? ¿no quedará siempre en ella una palabra, un recuerdo, algo, en fin, de aquel amor que llenó su corazón y formó parte de su propia vida?

Todo amor viejo revive en el amor presente. Es triste—y más que triste peligroso—poseer el cariño de una mujer en cuya cabeza existen memorias que no son la nuestra. Ella conserva el recuerdo más insignificante del hombre á quien entregó su corazón. Ella medita, compara tal vez inconscientemente, nuestras palabras, nuestros gestos, nuestras acciones, nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestros cariños con el cariño, sentimientos, ideas, acciones, gestos y palabras del otro. Tal vez al sentir la presión de nuestra mano en la suya recuerdo que tiempo atrás otro hombre también así se la oprimió, más dulcemente si cabe. Tal vez al mirarnos el alma por los ojos, sumidos ambos en éxtasis, contenido el aliento, agitado el corazón, desde el fondo de nuestra pupila surja la imagen de otra alma que ella contempla y al contemplar recuerda dulzuras y caricias que nosotros no la hemos sabido dar. Y tal vez al sentir sobre sus labios el fuego de nuestros labios, por sus memoria cruzan otros besos que la llenaron de fuego las arterias y de misterio: o deleite sus sentidos.

Y esa mujer que ha querido así á un hombre, que ha vivido su misma vida, compartiendo sus ideas, sintiendo sus afectos, debiéndole gratísimas reminiscencias de placer y de alegría, ¿puede olvidarle para entregar su amor á otro hombre?

Y aún en el caso de que Marta haya olvidado completamente ese amor—por culpa de ella ó de él, lo mismo da—¿no es esto el mas acabado ejemplo de que ella no siente el amor como yo le concibo, es decir, tan grande y verdadero que no puedan matarle ni los desdenes ni aún las ofensas?

¿Se debe olvidar? La moral de Hobes lo manda: todo lo que no nos reporte un bien ó un placer es inmoral para nosotros; debemos desearlo. Pero, surge esta cuestión, ¿es que se olvida en amor?

No lo creo ni lo creeré jamás. Por más firme voluntad que se tenga y aunque el tiempo ruede con su bálsamo cicatrizador, siempre ha de quedar en la memoria una huella de aquel amor que ha sido durante meses ó años, toda nuestra vida y todo nuestro pensamiento. Se podrá odiar al hombre ó la mujer que nos ha engañado, pero jamás su imagen se borrará del mundo de nuestros recuerdos. Dos seres que se aman, que viven en comunidad de ideas y sentimientos, que sienten latir al unísono sus dos corazones, que se deben mutuamente horas de dicha é instantes de inenarrable dulzura, se compenetrarán—digámoslo así—de tal manera, y por un fenómeno psíquico, acaso telepático, que la materia conserva indeleble é indestructible la memoria del ser querido. Siendo pues, ésto así, ¿cabe el imaginar siquiera que en amor se olvide?

Ya lo he dicho: se puede odiar á la mujer ó al hombre que nos ha sido infiel; pero, precisamente, en este odio tenemos el más palpable ejemplo de que el amor no ha muerto: se ha transformado sencillamente. Si se hubiera olvidado; ese odio no tendría nacimiento ni se concebiría. Es tan axiomático esto que dicho queda que me parece ridículo insistir en ello. Volvamos, pues, al punto de partida.

(Continuará)

REVISTA BIBLIOGRÁFICA

UN LIBRO DE CRÍTICA

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA.—SEGUNDA SERIE.—Cuadrado y sus obras.—La Celestina.—El Alcalde de Zalamea.—Tirso de Molina.—De los historiadores de Colón.—Lope de Vega y Grillparzer.—Enrique Heine.—De las influencias semíticas en la literatura española.) por Marcelino Menéndez y Pelayo.—Vol. 106 de la «Colección de Escritores Castellanos.»—Madrid, 1895.

Un libro nuevo de Menéndez Pelayo nos ofrece la más alta y placentera ocasión en que iniciar este género de revistas que nos proponemos atender asiduamente.—Tienen la información y el comentario bibliográficos entre nosotros una tarea de la mayor trascendencia literaria que desempeñar, no menos en lo que toca á las manifestaciones de nuestra propia actividad productiva que con relación al libro europeo, cuya irresistible influencia triunfa y se impone sin que la obra fiscalizadora de la crítica la preceda en el espíritu del público. Confiamos, pues, en que la utilidad propia de su objeto bastará á comunicar á las revistas que iniciamos el interés que no alcancen por su desempeño.

Constituye la nueva obra del historiador de los Heterodoxos Españoles una segunda serie que añade reuniendo páginas dispersas á sus «Estudios de crítica literaria» salidos á luz hace dos lustros.—Reconozcamos, ante todo, que el recuerdo de las impresiones, en nosotros imperecederas, dejadas por la lectura de aquel primer libro á que el actual se vincula, crea para éste un término de comparación que no le es, en definitiva, favorable; y que no se encuentra en la nueva colección una monografía del precio de aquel inolvidable discurso «Del arte de la historia», ni el traslado de la personalidad de un escritor, y el juicio de su obra, verificados con la maestría que en el estudio del poeta del «Idilio» admiramos; ni una página, de estilo y de doctrina á la vez, como aquella que el discernimiento del verdadero y falso clasicismo, del espíritu helénico y la moderna imitación de sus formas, motiva en la semblanza del autor de «La Conjunción de Venecia».—Predomina en los nuevos estudios literarios la erudición sobre la crítica, aunque sea constantemente esa erudición la original, selecta y fecundada por la intervención activa del criterio y el gusto, á que el sabio escritor nos tiene acostumbrados.

Entremos ya á examinar con la necesaria rapidez de una apuntación de este género el contenido de la colección, comenzando por aquellos ensayos relativos á obras y autores del viejo teatro castellano que forman la mejor y más extensa parte de ella.

Establece cierta unidad en el espíritu de esos estudios la tendencia que manifiestan á levantar sobre el nombre y la gloria de Calderón de la Barca los de poetas objeto de menos universal aclamación aunque acaso artísticamente más excelsos. Á nues-

tro crítico corresponde el honor de haber fijado definitivamente el criterio desapasionado en la apreciación del último y más célebre de los representantes de la gran tradición dramática española, identificado un día con la gloria entera de esa tradición, levantado por impulso de la crítica romántica alemana á la categoría de símbolo mas adorado que conocido, más transfigurado ante sus ojos por la pasión de escuela y el efecto imponente y vago del conjunto que objeto para ella de una sólida y depurada admiración. El libro de exégesis calderoniana de Menéndez Pelayo puede ofrecerse como dechado de independencia crítica, de alta sinceridad, de criterio propio y seguro; y en el juicio general y sintético del antiguo teatro español que allí se hace y sirve de fondo al de la personalidad del gran poeta romántico se admira el resultado de una investigación directa, original, completísima, realizada, acaso por vez primera en la erudición española, desde los trabajos de iniciación de los críticos inspirados por el moderno despertar del genio nacional, en la más gloriosa de las manifestaciones del pasado literario de nuestra lengua. Como elemento de la obra de revisión y reparación que en aquel libro se esboza, en la crítica del gran Teatro, se manifiesta en sus páginas á menudo el enaltecimiento del arte espontáneo y vigoroso—de Lope y Tirso, colocado artísticamente sobre la «grandeza amanerada» de Calderón.—Es el segundo de los poetas citados quien hasta ahora puede reclamar de la posteridad el pago de más cuantioso crédito; el que aún espera de la crítica la apreciación exacta de su genio y del conjunto de su producción, y de la historia literaria el esfuerzo que disipe, en lo que toca á su vida, las brumas de la ignorancia ó la leyenda. El estudio á él referente en el libro que motiva esta nota, viene á satisfacer en gran parte tal exigencia de justicia, reuniendo y armonizando el resultado de la labor erudita consagrada en los últimos años por diligentes investigadores al esclarecimiento de la personalidad y la existencia, punto menos que desconocidas, del poeta, y acompañando á esa síntesis de erudición, que se acrecienta con datos personalmente adquiridos, observaciones de crítica profunda con respecto á su obra. Para Menéndez es indudable que el segundo lugar entre los maestros de escena española le es debido el gran Mercedario, y aún se inclina á participar de la opinión de los que resueltamente le otorgan el primero y el más próximo á Shakspeare, «ya que no por el poder de la invención, — en que nadie aventajó á Lope que es por sí solo una literatura—á lo menos por la intensidad de vida poética, por la fuerza creadora de caracteres, y por el primor insuperable de los detalles.» En el examen de la autenticidad de ciertas obras tradicionalmente incorporadas al repertorio de Tirso cuyo origen aparece obscuro y dudoso debe singularmente notarse, y tenerse por decisiva, la argumentación que se aduce para confirmar al poeta en la posesión de aquel inmortal drama teológico que se intitula «El condenado por desconfiado» Sólo el autor de Don Juan era hombre ave-

zado al estrépito de las aulas y la disputa dialéctica entre los poetas de su nación y su siglo, y sólo «de la rara conjunción de un gran teólogo y un gran poeta en la misma persona pudo nacer aquel drama único en que ni la libertad poética empuja á la severa precisión dogmática ni el rigor de la doctrina produce aridez y corta alas á la inspiración.»

El análisis de cierta obra de Arturo Farinelli sobre el influjo del creador del Teatro Español en el espíritu y la obra de Grillparzer, uno de los primeros, sino el mayor, de los sucesores de Schiller en la escena alemana á la vez que crítico dramático de genio, se relaciona con otra empresa de reparación que la justiciera crítica de aquel teatro imperiosamente exige y á la que Menéndez y Pelayo consagra actualmente tan formidable esfuerzo como el de ordenar y dirigir la edición total, publicada bajo los auspicios de la Academia Española y avalorada por prolijos comentarios, de las obras dramáticas de Lope. Grande, sin duda, es la fama del Fénix de los Ingenios; pero puede afirmarse que ella ha vivido hasta ahora más por virtud de la abundancia prodigiosa de su producción y el eco de su inmenso prestigio en los contemporáneos que por la sanción severa de la crítica y el aprecio conciente de la posteridad. Grillparzer, iniciador de la reacción anti-calderoniana en el pueblo donde se inició la apoteosis, puso á la vez con sus estudios la piedra angular del monumento de que es deudora todavía la crítica moderna al más bizarro y pródigo de los ingenios castellanos; y evocó un cierto modo á nueva juventud su poesía, identificando su propio espíritu con ella, «penetrándose de su virtud genial y fortificante», para que el estro de Lope remaneciera, en lo posible, en sus obras. Estudio nuestro crítico, á la luz del citado libro de Farinelli que ocasiona su ensayo, esa interesante identificación espiritual, y nos refiere, guiado por el mismo, las viscosidades de la gloria del viejo poeta español en la moderna crítica alemana.

Debe reconocerse la oportunidad crítica del propósito á que estos estudios obedecen. A cada modificación del gusto, á cada etapa nueva del espíritu literario, regida por diversos modelos, informada por diversos principios, corresponden distintas evocaciones en las cosas pasadas, diferentes rehabilitaciones y rejuvenecimientos. Convenía la apoteosis calderoniana al espíritu de una revolución que buscaba restaurar en toda forma de arte la expresión del sentimiento nacional y religioso, cautivada además por toda magnificencia de fantasía, por todo efecto de opulencia y grandiosidad, y harto indulgente para perdonar los defectos é impurezas de ejecución artística por la belleza de la idea. El amor de la realidad, el anhelo de la verdad y la vida en la interpretación de los afectos humanos, antes que de la trascendencia ideal y de las esplendideces de la forma, deben forzosamente manifestarse en la crítica del viejo teatro castellano por el triunfo de Lope y del creador de Don Juan, del poeta de la naturaleza vigorosamente sentida y observada y el poeta del poder característico y las realidades risueñas.

Puede en cierto modo relacionarse con la tendencia que hemos indicado en los anteriores ensayos la monografía de «El Alcalde de Zalamea» que forma parte de la colección, en cuanto reivindica para Lope, desentrañando por vez primera á la luz de la buena crítica su rudo esbozo del sujeto dramático llevado á entera realización artística por el creador de Segismundo, la gloria de la creación genial, de la invención primitiva, dejando al último poeta la del perfeccionamiento y pleno desarrollo de la idea que en el drama que sirvió de modelo al que admiramos, aparece enturbada por la tosquedad y desaliño de la ejecución.—El pensamiento de protesta, acaso involuntaria ó inconciente, pero real y elocuentísima para la posteridad, que encarna en forma artística aquel gran drama, donde las libertades municipales tomaron, al decir de nuestro crítico, tardío desquite de Villalar, está magistralmente definido á la conclusión de este estudio.

No ofrece menos interés el excelente comentario de «La Celestina» ya publicado, al par de la monografía anterior, como artículo del «Diccionario Enciclopédico Hispano Americano». Una nota nueva debe advertirse en la apreciación del espíritu y significado de la famosa «tragi-comedia» de Rojas—á quien se inclina Menéndez á reputar el exclusivo autor de ella, basándose para desechar el supuesto de dos autores en la poderosa unidad orgánica que la informa—y es la que llama la atención de la crítica sobre la parte romanesca, delicada, sentimental, de aquella obra esencialmente humana y compleja, en la que el juicio de los comentaristas apenas había apreciado hasta ahora sino el traslado vivísimo de la realidad y la eficacia irresistible del efecto cómico. Desatendiéndose el elemento de pasión que entra como fermento poético en la composición íntima de la obra desconocíase el verdadero carácter y el más hondo interés de aquella creación de naturaleza shakspeariana. «Poema de amor y de expiación moral; mezcla, eminentemente trágica de afectos ingenuos y de casos fatales reveladores de una ley superior á la pasión humana» la conceptúa nuestro crítico; y añade señalando la página en que más delicadamente se manifiesta aquel fondo de idealidad y ternura: «Para encontrar algo semejante á la tibia atmósfera de la noche de ésto que se respira en la escena del jardín, hay que acudir al canto de la alondra de Shakespeare, ó á las escenas de la seducción de Margarita en el primer Fausto».

Tales son aquellas páginas del volumen relacionadas con la historia y la crítica del viejo teatro español. Pasemos á las que abordan temas de otra índole, y hagamos mención en primer término del estudio de la personalidad del esclarecido polígrafo balear José M.^a Cuadrado, escrito para preceder como prólogo á la edición de sus obras. Duelese Menéndez Pelayo, á propósito de la popularidad del nombre que encabeza ese estudio, de que la historia literaria de nuestro siglo en España está tan mal sabida y entendida por casi todos, y de que por efecto de inveterados olvidos é injusticias se conceda á ciertos número de nombres invaria-

bles el valor de tipos representativos de la actual cultura española, enagenándose otros á la estima y admiración de los contemporáneos. Y para justificarlo, la semblanza que dá ocasión á tales quejas presenta á nuestros ojos un tipo de venerable excelitud intelectual, de labor fecundísima, de varia y sólida cultura, de existencia íntimamente relacionada con la historia de las ideas literarias y filosóficas en la España del siglo XIX. Estudiando á Cuadrado en su carácter de principal colaborador en la manifestación española del movimiento arqueológico-romántico con que trascendió á los dominios de los artes plásticas y la historia el impulso de la revolución literaria de principios del siglo, y en sus méritos de historiador penetrado del espíritu nuevo con que han aliado los grandes narradores de nuestra edad á las severidades del procedimiento crítico el poder de la fantasía adivinatoria, anticipa Menéndez el bosquejo de páginas que han de servirle para el estudio de la estética española contemporánea en su obra capital. La consideración del aspecto de apologista católico y controversista en la personalidad de Cuadrado, le dá así mismo ocasión para caracterizar y reducir á síntesis luminosa los antecedentes y condiciones de la lucha de ideas latente en el fondo de la guerra civil en que chocaron la España tradicionalista y la revolucionaria durante la primera mitad de esta centuria.

A comentar una obra biográfica que permanecerá entre las más preciadas y duraderas manifestaciones del movimiento de actividad erudita suscitado por tan alta ocasión como la del 4.^o Centenario del descubrimiento de América, en España, está dedicado otro de los estudios de la colección. No se limita este estudio, sin embargo, al análisis de la obra de Asensio que lo ocasiona; pues se extiende hasta trazar un cuadro general de la literatura en que el objeto propio de aquel libro puede reconocer precedentes, caracterizando los diversos períodos y viscosidades de la historiografía tocante á la existencia del descubridor y la realización de su empresa, á partir de los propios escritos de Colón, cuyo valer de poesía en aquellas páginas inspiradas por la contemplación de la naturaleza del Nuevo Mundo ó por los anhelos y las emociones de la acción, rememora, así como la lucidez de las intuiciones científicas que esclarecen otras de sus páginas, invocando los juicios y encarecimientos de Humboldt. Observa luego en la crónica de los Reyes Católicos de Bernáldez y las Epístolas y Décadas de Pedro Mártir de Anglería, la versión procedente de los escritores que trabajaron de inmediato sobre las confidencias y comunicaciones del Almirante, y aprecia el testimonio de los cronistas de Indias, en lo relativo á la tradición del magno hecho inicial de la Conquista, desde Fr. Bartolomé Las Casas y Fernández de Oviedo, de cuyas figuras históricas traza dos bocetos llenos de interés. La aplicación primera del criterio anti-español y heterodoxo á la historia del descubrimiento de América en las obras de Reynal y de Robertson: la tarea de investigación documental que iniciaron Muñoz y Navarrete; el método

pintoresco y de evocación del movimiento dramático de la realidad ensayado en el relato de la sublime aventura por los dos grandes historiadores norte-americanos de comienzos del siglo, y la revelación de los precedentes y resultados científicos del descubrimiento en una de las grandes obras de Humboldt, son objeto de la continuación de esta interesante y concienzuda reseña, cuya parte final está dedicada á la erudición colombina de los últimos años representada principalmente por las indagaciones bibliográficas del norte-americano Enrique Harrise que Menéndez Pelayo opone elogiosamente á las declamaciones, tan vacías como popularizadas en cierta parte del público francés, del Conde Roselly de Lorgues, incansable propagandista de la santidad del Descubridor.

Conocíamos el juicio sobre Enrique Heine por haber constituido, antes de formar parte de la colección que examinamos, el prólogo á la obra de cierto mediocre traductor del «Intermezzo» y «Cantos del Norte.» Es ese breve estudio la confesión hermosa y leal de un convertido. Todos sabemos de los apasionamientos clásicos y ortodoxos del Menéndez Pelayo de la primera juventud; el apologista del genio tradicional de su España, el adversario de Revilla en controversias famosas, y el enamorado ferviente de la antigüedad que renovaba en la «Epístola á Horacio» el himno de triunfo de los hombres del Renacimiento. Todos conocemos la animadversión anti germánica que era el reverso de aquella pasión estética y religiosa de latino. No se ha modificado en Menéndez Pelayo el fondo íntimo y sustancial de las ideas, pero el cincel del tiempo ha pasado suavizando asperezas y corrigiendo imperfecciones por su intelecto constantemente cuidadoso del propio progreso espiritual, y hoy admiramos en el antiguo polemista de «La Ciencia Española» el espíritu amplio, sereno, comprensivo, personificación de elevadísima tolerancia, modelo de criterio ecuánime y cultura total, que en uno de los tomos de la «Historia de las Ideas Estéticas» ha verificado incomparable resumen de la filosofía y la literatura alemanas en su edad de oro, y en el que han podido reconocerse «los mismos *à peu près*, las mismas medias tintas, las mismas afirmaciones provisionales» que acusan la influencia del espíritu germánico en un Renan ó un Carlyle. La admiración de Heine que en el libro de Menéndez Pelayo se expresa recibe su mayor interés de haber sido precedida por aquel desdén confesado, y merece notarse su significación como testimonio y ejemplo de la más noble condición de la crítica: la de la sinceridad. Y á la determinación sintética y precisa que contiene de la genialidad del poeta, se une en aquel estudio la belleza de la expresión, la gallardía del estilo. ¿Cómo acertaría á condensarse originalmente en una imagen significativa y enérgica el carácter de la sátira heiniana después de haberla calificado nuestro crítico de «tumulto de polvo y guerra que parece estruendo de muchos caballos salvajes, pero de raza inmortal, lanzados á pi-

tear con sus cascos cuanto la humanidad ama y reverencia?»

«De las influencias semíticas en la literatura española» se intitula el estudio que da término á la colección. Compéndiase en él el contenido de una oración académica del erudito filólogo y arabista Sr. Fernández y González relativa á aquel tema histórico, y termina por una enérgica afirmación de la eficacia y la gloria del influjo ejercido por la cultura oriental en la filosofía y las ciencias de Occidente; afirmación que opone nuestro crítico al celo intemperante de los apologistas é historiadores de su credo y escuela empeñados en reivindicar para los pueblos y los individuos participantes de su fe la posesión exclusiva de aquellos dones del orden natural que Menéndez Pelayo reconoce «no incompatibles con el error teológico.» Hay verdadero interés en hacer notar tales manifestaciones de amplio y generoso criterio conciliado á la integridad de la creencia y el dogma, como le hay en señalar en uno de los anteriores estudios, á propósito de la exposición de las ideas estéticas de Quadrado, la huella del espíritu independiente con que penetra «el gran ortodoxo» en aquellas cuestiones de arte y poesía que involucran en el campo de la intolerancia dogmática los secuaces de la falsa estética de un Jungmann, objeto, por parte de nuestro propio crítico, en su obra capital, de una refutación memorable.

JOSÉ E. RODÓ.

Apuntes de Derecho Constitucional

LIBERTAD PERSONAL

(Continuación)

La doctrina que venimos defendiendo era la seguida en el proyecto de Código de Instrucción Criminal. Su autor, el doctor don Laudelino Vázquez, establecía la intervención en el juicio criminal de la parte agraviada, sin perjuicio de la acusación pública en las causas en que aquella no se ejercitase ó se produjese de una manera indebida.

Esta es la verdadera doctrina á juicio nuestro y la que mejor consulta el espíritu de la Constitución. Tiene la ventaja de armonizar el interés público con el privado, sin dar empero á la parte civil y al ministerio público una acción conjunta.

Este último procedimiento, aconsejado por Benthán, ha producido efectivamente tantos inconvenientes en la práctica, que hoy ya no se le discute. Pretendiendo satisfacer á la sociedad y al individuo damnificado por el delito, ha producido el efecto de dificultar el ejercicio de las acciones respectivas, cosa que se explica si se tiene en cuenta lo distinto de los móviles que á menudo las mueven, la diferente tramitación que exigen los juicios y el diverso objetivo perseguido.

No abogamos, pues, por una doctrina que ha sido combatida en general por los

tratadistas y que encuentra en los hechos dificultades insalvables.

Pero si son notorios los inconvenientes apuntados, no por eso deberemos seguir el sistema del Código de Instrucción.

¿Qué inconvenientes se originarían si, dentro del sistema seguido por el Código vigente, se permitiera á la parte intervenir en el proceso criminal con objeto de preparar la acción civil que la ley le concede una vez terminado aquél, siempre que no se trabara el ejercicio de la acción pública? ¿No sería, por el contrario, mejor que tal intervención se permitiera á fin de hacer posible la indemnización civil? Se concibe fácilmente, en efecto, que el ministerio público, en su afán de descubrir el delito para aplicar á su autor las penas de la ley, desprecie hechos que, si bien innecesarios para el proceso criminal, sean de la más alta importancia para el juicio civil. Y ¿qué sucederá entonces? Que en muchos casos el acusador público hará imposible que el damnificado use de la acción que la ley le concede. Y no es este un argumento de valor puramente teórico, pues «ha sucedido con frecuencia que el ministerio público, por falta de datos, no ha podido entablar acusación y tenido que sobreseer en la causa, viéndose el damnificado en la imposibilidad de ejercitar su acción civil, á causa de la sentencia absolutoria recaída en el juicio criminal, base y fundamento indispensable para el ejercicio de aquella acción. Y si la acción pública, ejercitada exclusivamente por el Fiscal del Crimen ó Agente Fiscal, da margen á esas injusticias, se presta también á otras más irritantes, consecuencia inevitable del omnimodo poder con que el Código de Instrucción Criminal inviste á los funcionarios públicos.»⁽¹⁾

Hubiera podido obviarse á estos inconvenientes adoptando el temperamento aconsejado por el autor del proyecto de Código de Instrucción.

A lo menos, no hubiera dado pie á tantas críticas como se le han dirigido al seguido por dicho Código.

La Comisión informante del Proyecto del doctor Vázquez Acevedo no está de acuerdo con estas ideas.

Sostiene en su luminosísimo Informe que otra es la interpretación que, según la letra y el espíritu de la Constitución, debe darse al artículo 115. No dice el artículo, expone, que han de intervenir necesariamente en el acto de la acusación el acusador público y el particular damnificado por el delito, sino que ha de empezar el juicio por la acusación de uno ú otro. Así como el precepto constitucional no impide que en los delitos privados, sólo acuse el particular ofendido, del mismo modo no se falta á sus prescripciones cuando se establece en un Código de Procedimiento Penal que en los delitos públicos únicamente puede constituirse parte acusadora el ministerio público.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

(Continuad.)

(1) Informe de la Comisión de Legislación de la H. Cámara de Representantes al Mensaje pasado por el Poder Ejecutivo con fecha 5 de enero de 1888.